

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 951.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

El general Lecomte; grabado.— Episodios históricos.— Una historia del siglo XVII.— Los fusilamientos de la plaza Vendome; grabado.— El general Cremer; grabado.— Revista de París.— Poesía.— Una expedición á San Miguel del Fay.— Fisiología del cuerpo de guardia, por Bertall; grabados.— Escenas de la vida inglesa.— Las violencias prusianas; grabado.— Bernabé Rudge.— Chatillon; grabado.— Problemas de ajedrez; grabado.— Roberto Duparc; grabado.— Las cercanías de París despues del grabado.

El general Lecomte.

El general Lecomte era uno de los mas jóvenes del ejército francés, y se distinguía á la vez por su bizarría y por su ciencia, como dijimos ya en las palabras que consagramos á la horrible ejecución de que ha sido víctima. (Véase nuestro número 949).

El sábado 18 de marzo por la mañana mandaba una brigada que recibió la orden de atacar á Montmartre, ataque que se redujo á una simple escaramuza, porque los soldados se negaron á combatir contra los guardias nacionales.

En medio del tumulto la guardia nacional se apoderó del general Lecomte y le llevó prisionero á la casa número 6 de la calle de Rosiers. Nuestros lectores saben los detalles de la horrible ejecución que tuvo efecto en el acto.

De la información que se ha hecho sobre el doble crimen del fusilamiento de los generales Clemente Thomas y Lecomte resulta que de 34 ejecutores se contaban 15 soldados de línea, 10 cazadores de infantería, 2 zcuavos, 5 móviles de París y un franco-tirador. Los soldados de línea pertenecian al 88 que ha sido licenciado por el gobierno.

Puesto que la Commune está nombrada y el comité central considera como un crimen la odiosa ejecución de aquellos dos generales, es de suponer que se instruirá una causa para patentizar todos los hechos relativos á tan doloroso suceso. Si el silencio viniera á dejar impunes tales actos, seria preciso desesperar de la justicia de la Francia.

El general Trochu se ha hecho intérprete de los sentimientos del

dolor público, pidiendo que á costa del Estado se eleve un monumento fúnebre á la memoria de los dos generales.

R. DE M.

Episodios históricos.

DON PEDRO EL CRUEL.

I.

Todas las turbulencias y horrores de la mas sangrien-

ta guerra civil afligian á Castilla en 1369, empenándola en una de aquellas luchas funestas, en que llevando el encono de los partidos al mas alto grado de exaltacion, se hace imposible toda medida reconciliadora, y en que la generalidad de los pueblos, cansados de sufrir, llegan al fin á desear que cualquiera de los dos bandos triunfe con tal que asegure la tranquilidad de sus hogares. La guerra, que oprimia á Castilla entonces, tenia además de este ominoso carácter toda la ferocidad y el horror que acompañan á una enemistad que no habian sido bastantes á comprimir ni los vinculos de la sangre ni la santa voz de la naturaleza. Dos hermanos se disputaban encarnizadamente el trono de Castilla: Don

Pedro, único de este nombre, que habia sucedido á su padre Alfonso XI y V de Castilla; y Don Enrique, hijo tambien del rey Don Alfonso, pero habido en Doña Leonor Nuñez de Guzman, noble y hermosísima señora. Las crueldades del rey Don Pedro, aunque paliadas con el nombre de justicia, habian resentido á los magnates del reino, apartado de su corte á muchas personas de influencia y poderio, y resfriado el ardor con que todo el pueblo aplaudió el advenimiento de su rey. Solo á favor de estas causas pudo Don Enrique acrecentar cada vez mas su partido, apoderarse de muchas ciudades de Castilla y coronarse al fin en Búrgos. Despues le fué contraria la suerte, y vencido en Nájera, tuvo que retirarse á Francia, de donde volviendo con un poderoso auxilio logró reconquistar lo perdido y fiar al éxito de una batalla la posesion definitiva de la corona. Los dos ejércitos ya estaban próximos á combatir, cuando ó fuese deseo de evitar mas efusion de sangre por medio de un ajuste entre las dos partes beligerantes, fuese como parece mas probable, á instigacion del caudillo de las tropas auxiliares, se propuso una entrevista secreta entre los dos hermanos. Solo faltaba inclinar al altivo Don Pedro á consentir en tratar de negociaciones con su competidor, y el conde de Albuquerque, encargado de este negocio, hallándose á solas con el rey, le hablaba mañosamente en estos términos:

— Cuando vuestro hermano se ofrece á venir, yo creo que esta entrevista podeis, señor, concedérsela sin menoscabo de vuestra autoridad.

— ¿Crees tú, dijo Don Pedro, que no padece el lustre de mi corona humillándome á entrar en negociaciones con un condeillo



El general Lecomte, fusilado en Montmartre el 18 de marzo.

arrogante, con un bastardo, un vasallo rebelde á quien solo se debe recibir con las armas en la mano?

— Pero señor, si él depuestas las armas viene á reconocer que vos solo sois el poderoso y justamente acatado de los pueblos, no os negareis á escucharle. Tal vez su desmedida ambicion se haya disminuido á vista de los males de una guerra tan lenta y devastadora. ¿Quién sabe si esos extranjeros que vienen en su auxilio exigirán por precio de su cooperacion algunas condiciones onerosas á Don Enrique? Creedme, señor, cuando el príncipe se inclina á conferenciar con V. A. será sin duda para aceptar algunas honrosas condiciones y no fiar su suerte al éxito de una batalla que puede ser para él tan funesta como la de Najera. Con vuestro permiso mandaré entrar al enviado de Don Enrique.

— ¿Sabes tú quién es el que viene con el mensaje?

— Es don Rodrigo Alvarez de Asturias, rico-home y señor de muchas villas en Castilla.

— Le conozco; que no se presente ante mi vista, pues no seré dueño de reprimir mi enojo. Ese hombre desleal ha educado al conde, ha fomentado sus miras ambiciosas y le ha hecho merced (aun en vida) de sus opulentos estados: ya le enseñaré yo cuáles intereses debiera él defender, y á esos franceses que apadrinan al conde les recordaré los tiempos de Wamba, y les reproduciré la jornada de Roncesvalles para que no estén tan prontos á intervenir en nuestras contiendas. Dispon que mi ejército marche hasta acampar en Montiel, pues quiero yo salir al frente al enemigo, y haz que el enviado vuelva al instante á sus reales. Si Enrique quiere verme, que venga; sea aquí, sea en el campo de batalla, siempre le haré ver que el trono de Castilla no tiene mas que un asiento... un asiento que ocupo yo.

II.

Un destacamento de caballería cruzaba el espacio intermedio entre el campamento de Don Pedro y el de su hermano Don Enrique. Aquella tropa, que caminaba en el mas profundo silencio, se componia de dos pelotones de distintas armas y divisas, pero que seguian paralelamente el camino. Dos jinetes, al parecer los jefes de la tropa, picando sus caballos de comun acuerdo, se adelantaron un buen trecho de camino, y siguiéndoles el resto de la gente á una distancia respetuosa entablaron así la conversacion;

— Aprovechemos los instantes, ilustre don Rodrigo, porque el deseo de que hablemos á solas un rato es el que me ha obligado á incorporar me á la escolta que debe acompañaros al campo.

— Tengo yo tambien, contestó su interlocutor, la mayor satisfaccion al conversar amistosamente con el noble Alburquerque, mi antiguo compañero de armas, y saber de él qué opina acerca de la entrevista que se prepara.

— La deseo, si con ella han de finalizar los males de la patria; mas ahora que os hablo en confianza, no dudo aseguraros que tendrá resultado poco favorable. El tiempo que hace sirvo al monarca me ha hecho estudiar y conocer su carácter; sé además hasta qué extremo aborrece á su hermano: temo la explosion de su cólera y orgullo, cuando su encono se renueva al ver presente á su rival, y temo en fin que se ahoguen mutuamente al tiempo de estrecharse entre los brazos.

— No, que las circunstancias harán reprimir la indomable altivez de Don Pedro. Bien conoce que su trono está próximo á hundirse, y que solo le restan por último apoyo tropas que pelean contra su inclinacion y algunos señores poderosos á quienes el pundonor sostiene á su lado, mas bien que el afecto á su persona.

— Por mi parte os puedo asegurar que permaneceré junto á mi rey, sea su suerte la que quiera. Este es mi deber, y siempre miraré á Don Enrique como un usurpador...

— ¡Usurpador! ¿Quién mas digno de ocupar el sòlio castellano desde que la muerte arrebató al príncipe Don Alonso, jurado sucesor de estos reinos? Doña Beatriz, jurada tambien princesa heredera, ha preferido el mongil velo á la corona, y las otras hijas de Don Pedro, casadas con príncipes extranjeros, no es razon que transmitan la diadema á los duques de York y de Alencastre. Don Enrique al tomar las armas hizo valer estos derechos, y no quiere sufrir la suerte de sus desgraciados hermanos Don Juan y Don Pedro, asesinados de orden del cruel monarca. Por consiguiente tiene precision de atender á su propia seguridad y á la de tantos como se han acogido á su bandera para librarse de las rapiñas y ferocidad de ese rey, renovador de los tiempos de Witiza, y á quien ya apellidan el Neron de Castilla. En los diez y nueve años que lleva de reinado, ¿qué género de crueldad hay que no haya ejercido? Las injusticias, prisiones, el divorcio, el asesinato han hecho que sus vasallos le teman, pero que no le amen. Ya, cansados de su opresion, apellidan á Enrique su libertador, que ha sabido ganarse los ánimos con su generosidad ilimitada, y que no es un tirano antes de reinar.

Al concluir estas palabras llegaron á lo alto de un ribazo, desde donde descubrian á su satisfaccion todo el ejército de Don Enrique, y aun percibian el sordo murmullo, el relinchar de los caballos y el ruido belicoso de las trompetas. Don Rodrigo Alvarez tiró de la rienda á su caballo, y mostrando el ejército á su compañero, continuó así:

— Ya lo veis, mi querido Alburquerque, toda esa multitud desea vengar ofensas particulares favoreciendo á

Don Enrique. Aquel cuerpo de tropas auxiliares, en cuyo centro tremola el Oriflama de Francia, viene acaudillado por el célebre guerrero y condestable Bertrand du Guesclin, ansioso de vengar la bárbara muerte de Doña Blanca de Borbon. A este otro lado podeis distinguir el árbol de Vizcaya por venir allí don Tello, en quien ha recaído el señorío, y mas allá las insignias del señor de Villena y Peñafiel, futuro suegro de Don Enrique. La flor de la nobleza se interesa por nosotros, los Guzmanes, Enriquez, Manriques de Lara y otros varios que me abstengo de nombrar, que aun se hallan en las tierras sujetas á Don Pedro, pero en secreta inteligencia con su hermano.

En aquel sitio tenian que dividirse las dos escoltas y emprender cada una el camino de sus reales. Dada la señal de la separacion, los dos señores se acercan para despedirse, y al darse afectuosamente la mano pronuncia Alburquerque estas palabras:

— Vos, don Rodrigo, sabeis muy bien defender vuestro partido; mas yo sabré tambien ser fiel á mis juramentos. Adios, señor: sigamos cada uno con arreglo á sus compromisos la desgracia ó la ventura de su rey. Los caballeros de Castilla, aunque opuestos en bando son siempre leales compañeros en seguir la senda del honor.

III.

Las pardas sombras de la noche cubrian el campamento de Don Pedro I de Castilla, sin que la claridad de la luna y las estrellas pudiese penetrar al través de las densas nubes que encapotaban el cielo. Un viento impetuoso corriendo toda la campiña venia á estrellarse en los altos muros del castillo de Montiel, queriendo estremecer sus vetustos torreones. Diferentes hogueras esparcidas por todo el campo calentaban á los soldados, que agrupados al rededor parecian iumóviles espectros alumbrados por la vacilante llama. El valiente caudillo de aquellas tropas, el rey Don Pedro, se hallaba solo en su régia tienda, y el ruido de sus inciertos pasos era lo que únicamente interrumpia el lúgubre silencio que allí reinaba. Caminando sin designio, sus miradas sombrías parecian buscar un objeto en que fijarse: á veces sus labios se entreabrian como para articular alguna palabra, y solo se escapaban de su boca voces confusas y desordenadas. La soledad, el silencio de la noche aumentaban su exaltacion, que llegaba á su mas alto grado, cuando entraron á avisarle la llegada de Don Enrique. Presentóse este al momento, sin llevar en su traje y adornos emblema alguno de soberanía: su traje era como el de la generalidad de los caballeros de la época, y únicamente llevaba cruzada al pecho una correa encarnada de tres dedos de ancha, distintivo de la orden de la Banda, establecida por su padre Don Alfonso. Bertrand du Guesclin, que le acompañaba, traia tambien banda blanca sobre una dalmática azul salpicada de lises de plata.

Al verse los dos rivales sintieron renacer su enemistad y envejecido rencor. Hubo un momento solemne de silencio en que permanecieron inmóviles, como esperando cada uno á que el otro le saludase primero; mas en vano: los caballeros que acababan de entrar permanecian cubierta la cabeza. Esta conducta acabó de irritar al orgulloso Don Pedro, que acercándose como para reconocer á su hermano, despidiendo fuego por los ojos y asiéndole vigorosamente del brazo le dijo con voz aterradoramente:

— ¿Eres tú el bastardo que osa titularse rey de Castilla?

El movimiento convulsivo del brazo del monarca se comunicó á todo el cuerpo de Don Enrique, que estrechado logró desasirse haciendo un ademán de ponerse en defensa. Deseoso Don Pedro de prevenir este movimiento se arrojó prontamente sobre él estrechándole fuertemente entre sus brazos. Al ver asidos á los dos hermanos pusieron mano á la espada todos cuantos habian entrado en la tienda; pero esta demostracion no tuvo efecto ninguno, porque ni era fácil separar á los dos combatientes, ni sabian qué partido tomar en una lucha de que dependia el destino de toda la guerra. Entre tanto Don Pedro dió con su enemigo en tierra cayendo encima de él; y cuando pugnaba por desarmarle, el caido tuvo maña para sacar la daga que llevaba en el cinto y con ella atravesar el corazon de su hermano en el momento que este iba ya á lograr su venganza. El monarca, herido de muerte, lanza un grito lastimero, abandona su presa y cae sin vida en el pavimento.

IV.

Desde entonces Don Enrique, conde de Trastamara, fué sin contradiccion Don Enrique II de Castilla, llamado comunmente Enrique el de las mercedes, por la generosidad con que recompensó á los grandes y plebeyos sus favorecedores.

El cadáver de su hermano fué enviado á sepultar á la iglesia de Alcocer, y sus facciones, aunque desfiguradas por la muerte, conservaban mas que nunca la terrible expresion de su fiereza.

F. F. VILLABRILLE

Una historia del siglo XVII.

(Continuacion. — Véase el N.º 950.)

— Cuánto os debo... una voz secreta me revela que aun me están reservados dias de gloria: ¿no recordais cuando rodeada de los artistas mas célebres dirigia las obras de Felipe de Champaña, del arquitecto Brosse, y las vuestras, querido Rubens, despues de elevar el grandioso palacio de Luxemburgo? Todos los dias amanecia Paris embellecido con un nuevo edificio en donde las artes á porfia competian, el paseo de la Reina, el acueducto de Acueil, el monasterio de las Carmelitas y la mansion de las religiosas del Calvario: todo esto, todo es obra mia. Pero si llegase un dia en que pudiese realizar los proyectos grandiosos que tengo, tendríais que aumentar algunas páginas á las bellas pinturas que habeis hecho de mi historia. Si consiente mi hijo en que lo estreche contra mi corazon, María de Médicis volverá á ser la reina de una gran nacion.

— Todo lo ejecutaré segun vuestros deseos.

— Marchad, pues, Dios os guie, mientras que yo impaciente espero vuestra vuelta. Elena y vuestros hijos me harán mas llevadero el sobresalto en que estaré... Pero qué ruido es ese, un caballo corriendo, parece que ha entrado en el patio... miremos por esta ventana... creo reconocer la librea del gobernador de los Países-Bajos: es sin duda algun mensaje que me trae de su señor.

El correo apeándose del caballo pidió á los criados que lo introdujesen á presencia de la reina, para quien traia un pliego importante que queria poner en sus manos. La carta estaba concebida en estos términos: «Señora, con sentimiento os hacemos saber que la ciudad de Amberes no os puede ofrecer un asilo conveniente, y que seria mejor pasáseis á habitar la ciudad de Colonia. Dios guarde á V. M. muchos años. El gobernador de los Países-Bajos. Francisco de Mello.»

— ¡Infame! exclamó la reina, así te prostituyes al cardenal Richelieu. Ya se acerca la hora del castigo... ¡Ah! ¡tendré bien presente este último ultraje!... ¡ya lo veis, solo vos, Rubens, sois la única esperanza que me queda! apresuraos á marchar, porque la reina de Francia os lo dice sin avergonzarse, no le queda ya mas recurso que el perecer de necesidad.

— Puesto que designan á V. M. la ciudad de Colonia para vivir, os suplico os vayais á hospedar á una casa que allí poseo: mi hijo Francisco os acompañará.

— Lo acepto, contestó la reina, marchemos, jóvenes compañero, sereis el caballero de una reina proscrita. Pocas horas despues salieron dos carruajes de casa de Rubens, el uno llevaba á María de Médicis, sus dos damas, al enano Langely y á Francisco, y el otro conducia á Rubens á Paris.

III.

No era la vez primera que Rubens habia llevado misiones importantes bajo el pretexto, como decia, de *Viajes artísticos*. La princesa Isabel, regenta de los Países-Bajos, se habia servido de él con suceso enviándolo á la corte de Madrid para ajustar entre Felipe IV, rey de España y Carlos I de Inglaterra, un tratado que asegurase una paz sólida y duradera entre los dos monarcas. La fortuna le sonrió en esta empresa, y el primero le nombró secretario privado del consejo de la archiduquesa Isabel con el uso de la llave dorada, y el segundo lo hizo caballero de todas sus órdenes militares en pleno parlamento, dispensándole el que las ceremonias se ejecutasen segun costumbre en un salon destinado al efecto en el palacio de White-Hall.

Rubens llegó á Paris con el objeto, segun decia, de pintar el retrato del baron Vig, amigo suyo y embajador de los Países-Bajos en la corte de Francia. Al momento que se divulgó la llegada del célebre artista, todas las notabilidades de la corte se apresuraron á ofrecer sus respetos al gran pintor que tan brillantes recuerdos habia dejado de su larga residencia en Luxemburgo. Luis XIII mismo manifestó deseos de verlo, y Rubens no desperdió una coyuntura tan favorable á su mision.

La edad no habia cambiado en nada su noble fisonomía llena de dulzura y de vivacidad. Su frente despejada ostentaba toda la pureza y energía de la juventud, y las canas que matizaban su negro cabello y rizada barba le hacian tener cierta semejanza con los retratos de Enrique IV que él habia pintado.

Luis XIII, al contrario, estaba marcada en sus facciones una vejez prematura, producida por una enfermedad misteriosa desconocida de los mas distinguidos profesores. Pálido, abatido y vacilante,

arrastraba una vida miserable. Espesas cortinas cerraban la escasa luz que penetraba por las ventanas de su estancia para que no ofendiesen los rayos del astro del día sus débiles miradas, que solo podían ya dirigirse á la eterna oscuridad. Rodeábanle mil precauciones para que ni el mas ligero ruido llegase á sus oídos, no solo en los grandes patios del lado que habitaba, sino en los salones contiguos y en las escaleras forradas con dobles tapices, donde solo se veía cruzar en silencio alguno de los pocos destinados á su servicio.

Rubens sintió oprimírsele el corazón al contemplar el estado humillante á que estaba reducido el hijo de Enrique IV en un lúgubre recinto, capaz de haber hecho retroceder lleno de espanto al mas miserable de sus vasallos; pero mas se aumentó su conmoción al oír la voz moribunda del monarca que le dirigía la palabra. Se reconocían en él los tristes efectos de una educación descuidada, y el peso despótico con que le habían abrumado el carácter de su madre, y la ambición y malicia del cardenal Richelieu; en una palabra, un hombre débil para gobernarse por sí solo é incapaz de dejarse gobernar. En nada parecía hijo del esforzado Bearnese Enrique IV y de la ardiente italiana María de Médicis. Algunos explicaban este enigma declarando que, durante las convulsiones políticas suscitadas en su minoridad había sido envenenado, y que aunque consiguieron salvarla la vida no habían podido evitar la languidez y enervamiento producidos por el fatal veneno, que á pasos lentos lo conducía al sepulcro. No eran del todo increíbles semejantes suposiciones considerada la lívida palidez del monarca, los temblores convulsivos que le agitaban, y el fondo de sus miradas, unas veces débil y abatido, y otras con un fuego increíble, donde se veía la irregularidad con que asaltaban á su imaginación ideas melancólicas.

Cuando entró Rubens el rey estaba recostado sobre un sofá de color oscuro. Así que vió al pintor se levantó precipitadamente y corrió hácia él como un hombre que abrumado de pesares encuentra un objeto de consuelo.

— ¡Salud al gran artista! ¡Salud al rey de la pintura que viene á ver á otro rey, cuya corona aunque de oro oculta otra de espinas!

Después llevó á Rubens hácia una ventana, y entreabriéndola se puso á contemplar con envidia la fresca vejez del artista.

— Ninguna impresión ha hecho en vos el tiempo, dijo el rey con tono melancólico, parecéis mi hermano menor, mientras que yo... mirad esta frente árida, estos ojos hundidos y mis fuerzas abatidas... y á vos como os han respetado los achaques de la edad, solo estando rodeado de los prestigios que traen consigo la gloria y la fortuna.

— Señor, respondió Rubens, no es á la fortuna ni á la gloria á quienes debo una existencia dulce y una vejez tranquila. Si no surcan mi frente las arrugas... si no han huido los placeres de mi ancianidad, no lo debo, señor, á la gloria... sino á la felicidad doméstica que trae consigo el reposo... Sí, señor, mi esposa, mis hijos y mi madre, mi buena y santa madre (mientras plugo á Dios que estuviese á mi lado en este mundo) esto es, os lo juro por mi alma, lo que me ha hecho la existencia ligera; esto es lo que hace que bendiga cada día que la Providencia se digna concederme, y por lo que á todas horas elevo con reconocimiento mis manos al cielo.

Al pronunciar estas palabras el religioso flamenco puso una mano sobre su corazón, fijó los ojos en la celeste bóveda y se le deslizó una lágrima.

— ¡Callad!... Basta... por piedad, no me habléis de familia... Un rey no tiene esposa... La que llaman reina de Francia, Ana de Austria, conspira contra él...

— Señor, la calumnia sola es la que la acusa, le interrumpió el pintor con entereza.

— ¡La calumnia!... vuestra sencillez no alcanza que por mucho que se calumnie á un cortesano nunca se dice más que la verdad. ¿Sabéis lo que decía ayer mi hijo, que apenas tiene cuatro años? Señor, moríos pronto para que yo me llame Luis XIV...

— ¡Pero vuestra madre, señor!...

— ¡Mi madre!... sí, yo la amo con ternura, aun la quiero, Rubens. Cuando vuestros ojos se han arrasado en lágrimas por la vuestra, yo también he sentido humedecerse los míos al recordar la que me ha dado la existencia... ¿Pero no es mi madre mi enemigo mas encarnizado? cuando estaba á mi lado ¿no era la causa de las terribles conspiraciones que mas de una vez han hecho derramar la preciosa sangre de mi pueblo? hasta fuera de su patria me calumnia é instiga á mis enemigos para encender la tea destructora de la guerra... ¿ha querido una sola vez reconciliarse conmigo? ¿me ha dirigido nunca una sola carta? en este mismo momento intriga en la corte de los Países-Bajos para romper la tregua y hacer abortar las negociaciones que tienen por objeto la paz.

— ¡Señor, os han engañado villanamente! os lo juro, hace nueve años que vuestra madre proscripita y fugitiva os tiende sus suplicantes brazos diciendo «hijo de mis entrañas, ten compasión de mí.» Nueve años hace que no se pasa un día que

no os dirija súplicas que vuestros ministros interceptan. En fin, señor, aquí teneis una carta de vuestra madre... una carta escrita bajo mi techado, adonde llegó á pedir un asilo, sola, sin recursos, sin pan, señor; y aun allí una orden de Francisco Mello la arroja de aquel asilo hospitalario y la obliga á refugiarse en Colonia. Ved, señor; cómo conspira la reina contra vos, ved cómo ha olvidado á su hijosofofocando la ternura maternal.

Luis XIII escuchaba á Rubens con admiración pintando en su rostro un vivo enternecimiento.

— ¡Mi madre! exclamó al fin, ¡mi pobre madre!...

— Y nunca una queja de vos se mezcla cuando enumera sus desgracias, señor. «Que vuelva á estrechar á mi hijo entre mis brazos, el cielo sabe que no le pido otro bien.» Dignaos, señor, tomar esta carta y leerla.

El rey tomó la carta y la llevó respetuosamente á sus labios con una profunda emoción; empezó á leer, pero las lágrimas le impidieron continuar.

— ¡Madre mia! ¡madre desgraciada!... decía sollozando, enjugaba sus megillas, volvía á leer, y de nuevo volvían á descender de sus ojos abundantes lágrimas... «Señor, decía el papel, ya hace años que lejos de vos os pido me ampareis sin obtener por contestación ni una palabra de consuelo. Dios y la Virgen Santísima son testigos que no me son tan duros ni la pobreza ni la proscripción como el verme separada del ser que he abrigado en mis entrañas cuando se acerca el día de mi muerte. ¿Queréis un tormento mayor para una madre al cerrar los ojos para siempre á la luz que el no oír de su hijo, yo te perdono. ¡Ah señor! no os pido volver á ver la Francia como reina, si vos lo queréis, jamás compareceré en la corte y acabaré mis días en cualquier aldea miserable... pero señor, compadeceos de mí que no arrastre el corto intervalo que me separa del sepulcro la miseria y las desgracias. Que la viuda de Enrique IV y la madre de Luis XIII no carezca de un techado y de un pan para alimentarse, que no llegue la hora de su muerte sin tener á su lado quien diga estos son los restos de María de Médicis... Tened compasión de mí súplica, y cualquiera que sea vuestra determinación, recibid la bendición de vuestra madre.» En la ciudad de Colonia á 9 de junio de MDCLII. — Yo la reina madre. — MARIA.

Apenas pudieron oírse las últimas palabras del rey, tal era su agitación.

— Maese Rubens, es preciso que la reina vuelva á París antes de cuatro días, que yo la estreche entre mis brazos y que la pida perdón, y que nunca nos separemos. Sí, teneis razón, luego estaré tranquilo en el seno de mi familia. ¡Ah! al alejarla de mí solo he escuchado consejos péfidos... Que vuelva y encontraré á su lado la tranquilidad de la conciencia y la salud. Creedme, solo en pensarlo parece que me siento mejor.

— Su Eminencia el cardenal Richelieu, anunció en alta voz uno de los pages desde la antecámara.

En seguida entró el ministro y al momento fijó una mirada rápida en Luis XIII, en la carta que aun tenía en la mano, y en Rubens. Esto fué lo suficiente para ponerse al corriente de lo que se trataba, y cualquiera que fuese la turbación que este incidente le causara, lo disimuló saludando con desembarazo al rey.

— Señor, le dijo manifestando una conmoción casi igual á la del monarca, acabo de recibir nuevas, por cierto bien fatales, que me apresuro á ponerlas en vuestro conocimiento para que las remedieis. Hablo delante de vos, maese Rubens, porque acabais de llegar de los Países Bajos y podréis confirmar si realmente son ciertas tamañas desgracias. Me escriben que S. M. Cristianísima la reina madre ha llegado de Inglaterra á Colonia, despues de verse precisada á abandonar á Bruselas por orden de don Francisco Mello. Si el hecho es cierto caiga el castigo sobre el culpable que así ha faltado á S. M. Declaradles la guerra, señor.

— ¡Mi bueno, mi digno cardenal! exclamó el rey sorprendido de escuchar á su ministro, un poco repuesto de la agitación que le había causado su llegada en aquel momento. Si la reina madre ha dejado la Inglaterra, es preciso que se le proporcione un lugar mas digno, mas honroso, y que no mendigue la hospitalidad á los flamencos, ni la de los españoles.

— Sí, sí, decís bien.

— Si carece de recursos, que se la rodee de todo el esplendor real, es reina de Francia, lleva el nombre de los Médicis, y es la protectora de las artes. ¿No sois de la misma opinión, maese Rubens?

— S. M. no desea tanto, solo quiere ver á su hijo.

— Pronto se cumplirán sus deseos, os lo juro, este es el objeto constante que ocupa de continuo mi pensamiento. Por desgracia no es cosa fácil, intentarlo imprudentemente traería en mi concepto fatales resultados. Funestas apariencias acusan á la reina, y ningún hecho ha disipado completamente las suposiciones de la gente que no discurre, ninguno está mas convencido de su inocencia que yo: pero qué queréis, el populacho la designa como autora de la muerte de Enrique IV, y aun de

que el veneno del infame Concini no respetará al hijo de la reina, al rey de Francia.

Rubens hizo un gesto de indignación y de cólera al oír las palabras del ministro que continuó:

— Los corazones nobles como el vuestro y el mío no dan acogida á semejantes imposturas; en fin, no creo que se deba siempre transigir con la opinión pública, todo se reduce á que digan viva el rey con mas ó menos frialdad. Pero los grandes, estos ya son mas difíciles de acallar, muchos de ellos se han declarado contra la reina, y su vuelta los llenaría de terror y de desconfianza, porque saben que la reina ha jurado vengarse, y que S. M. nunca falta á su palabra. Otros, por el contrario, verían llegado el momento de lanzarse en la rebelión; la mano de un rey que los contiene les sería entonces pesada, y sin poderlo remediar sería la enseña bajo cuyo nombre se reproducirán las culpables tentativas que no ha mucho llenaron de luto y consternación á la Francia; además, monseñor Gaston, hermano del rey, me acaba de confiar una carta que ha recibido de S. M. esta misma mañana, en la que le revela el objeto de la llegada de maese Rubens á París. Oid lo que dice entre otras cosas:

(Se continuará.)

Los fusilamientos de la plaza Vendome

EL 23 DE MARZO DE 1871.

El martes 21 de marzo hubo en París una manifestación de los amantes del orden, que no produjo efecto alguno; pero esta demostración puso alerta al comité central que tomó sus disposiciones.

Situaron dos cañones de á doce en la calle Castiglione y otros dos en la calle de la Paix, y mandaron replegar los puestos avanzados.

La manifestación del 23 de marzo se formó en las cercanías de la Opera, y se componía de dos grupos que tomaron sucesivamente la dirección de la plaza Vendome.

El primero, que era el mas numeroso, había llegado ya hasta las líneas de la guardia nacional, cuando entraba el segundo en la calle de la Paix. Con este último grupo marchaba el almirante Saisset y delante iba M. Reinhardt con una bandera tricolor en la que se leía: ¡Viva el orden!

Estaba á punto el almirante de tomar la palabra para anunciar su nombramiento de general, cuando una primera descarga vino á sembrar el espanto en las primeras filas de la manifestación.

Inmediatamente se produjo un tumulto en el movimiento de retirada.

El almirante continuaba firme á la cabeza de su grupo.

— Nada temáis, general, exclamaba M. Reinhardt levantando su bandera. Las balas no llegarán á vuestra persona sino atravesando mi cuerpo.

Pero las detonaciones se suceden.

Todas las tiendas se cierran, todo el mundo huye.

Subimos con la corriente y presenciamos un triste espectáculo.

Frente á la casa número 44 de la calle de la Paix vemos un anciano, condecorado con la Legión de Honor, tendido en un charco de sangre.

Los papeles que le encontraron no han podido servir para hacer constar su identidad.

Cincuenta pasos mas lejos en la misma acera, otro cadáver. En un espacio de veinte y cinco metros, toda la calle está sembrada de kapis, sombreros y gorras. Los sombreros de copa alta son los mas numerosos.

En la calle Nueva de Petits-Champs otros dos cadáveres. Todos esos cuerpos tienen sangre en su derredor, lo que prueba que muchos de esos individuos debieron sufrir una muerte instantánea.

En la ambulancia de la plaza había diez heridos.

Salvo una ó dos excepciones, muertos y heridos pertenecen á la clase de paisanos.

El *Journal Officiel* de París del 24 da sobre este deplorable acontecimiento las siguientes explicaciones:

1º Que la manifestación, compuesta de grupos exaltados y conducidos por los señores de Heckeren, de Coellogon y H. de Pene, rodeó, desarmó y maltrató á dos guardias nacionales destacados en exploradores.

2º Que los manifestantes injuriaron á los guardias nacionales llamándoles cobardes, bandidos y asesinos.

3º Que tiraron un pistoletazo contra M. Maljournal, teniente de estado mayor de la plaza, miembro del comité central, que está herido en el muslo.

4º Que se hicieron diez insinuaciones con redoble de tambor antes de apelar á las armas.

5º Que desde los balcones dispararon contra los guardias nacionales matando á dos de ellos, los ciudadanos Wahlin y François, pertenecientes á los 7º y 24º y ocho fueron heridos.

6º Que el general americano Sheridan, testigo de los sucesos desde un balcon de la calle de la Paix, atestigua que los hombres de la manifestación hicieron fuego.

Esto es lo que dice el *Journal Officiel* de París; y si hay rectificaciones no dejaremos de hacernos cargo de ellas.

R. DE M.



Los fusilamientos de la plaza Vendôme. — Aspecto de la calle de la Paix, despues de la manifestación del 23 de marzo

El general Cremer.

El general Cremer es el mas joven de los oficiales generales que la guerra ha puesto en evidencia. A los treinta y un años, y siendo simple capitán antes de la guerra, ha ascendido al grado que ocupa y ha estado al frente de un cuerpo de ejército. Este oficial ha justificado la confianza que tuvo el gobierno en él, y hasta los alemanes han reconocido el gran mérito de que dió pruebas en la batalla de Nuits, midiéndose contra el general Werder.

Cremer es alumno de Saint-Cyr, de donde salió en 1859 para entrar en la escuela de estado mayor. Dejó la escuela para pasar á Africa, donde sirvió en un regimiento de caballería, despues de lo cual se incorporó al primer regimiento de zuavos, con el que hizo la campaña de Méjico. Mandaba este regimiento el coronel Clinchant, que también ha sido nombrado general durante la guerra.

Cuando se rompieron las hostilidades con la Alemania, Cremer entró á formar parte de la 4ª división del cuerpo de ejército que mandaron sucesivamente el mariscal Bazaine, el general Decaen y el mariscal Leboeuf.

En los últimos tiempos estaba en Metz con Bazaine, y firmada la capitulación, á la cual se opuso, fué internado en Maguncia con Clinchant, que también protestó contra aquel acto.

Así que la señora del general Clinchant supo que su esposo estaba en Maguncia, corrió á reunirse con él, acompañada de su tierno niño. Por una feliz casualidad el niño tiene una nodriza del Luxemburgo que habla alemán, y M. Cremer le habla también, porque es alsaciano. Muy luego proyectaron un plan de evasión que salió perfectamente. El joven capitán volvió á Francia y la delegación de Tours le confió el mando de un cuerpo de ejército.



El general Cremer.

Cremer es un hombre de estatura ordinaria y muy delgado. Su semblante es muy juvenil y con su fino bigote rubio y su esbelto talle apenas representa mas de

A eso de las cinco de la tarde las agudas techumbres de las torres del castillo ardian como antorchas. Afortunadamente el drama tocaba á su fin, pues pocos ins-

veinte y cinco años. Su nombramiento ha dado un argumento mas á la opinion de los que creen que el primer título á todos los ascensos es el mérito. L. C.

La explosion de Morges.

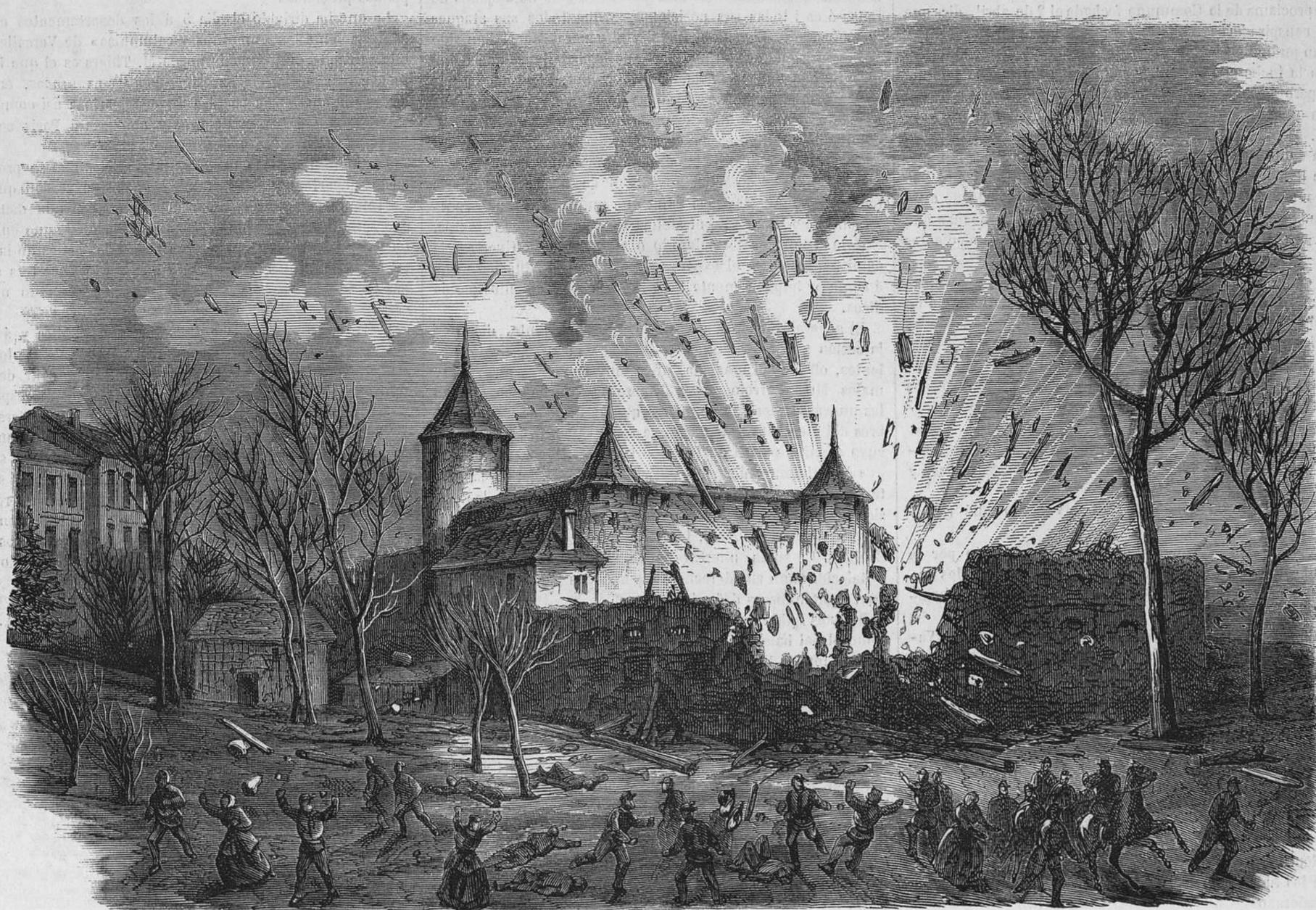
El castillo de Morges se halla destruido en gran parte. ¡Qué catástrofe! El bonito pueblo de Morges, una perla del canton de Vaud, se ha conmovido hasta en sus cimientos.

El castillo situado, como es sabido, enfrente del lago Lemán, contenia el arsenal y la escuela militar de artillería y habia una dependencia donde se guardaban materias incendiarias.

En la primera semana de marzo se estaba procediendo en los locales situados en el ángulo del parque, á la demolición de las municiones del ejército de Bourbaki, refugiado en Suiza, y ya estaba para concluirse este peligroso trabajo, cuando se produjeron repentinamente dos explosiones, cuya causa se ignora. Relativamente hicieron pocos estragos; pero hubo otra espantosa y de un efecto destructor indescriptible. Los edificios se abrieron y se hundieron, en tanto que volaban en direccion al pueblo los ladrillos, la ferreteria y las vigas, una lluvia de fuego y de proyectiles muy temible.

Los ciudadanos suizos y los internados franceses, desafiando el peligro, se habian arrojado ya á salvar los carros de guerra cargados de municiones que estaban en el patio, y pudieron sacarlos todos antes de que las llamas los alcanzaran.

Sin embargo, el incendio seguia progresando.



La catástrofe de Morges (Suiza). — Explosion de un depósito de cartuchos perteneciente á las tropas francesas.

tantes despues se conseguia dominar el terrible incendio.

Las víctimas son numerosas. Se cuentan mas de treinta entre los internados franceses, y además pereció también M. Thury, el capitán de los bomberos.

C. P. D.

Revista de Paris.

Triste y dolorosa cual nunca es la tarea que tenemos que cumplir esta semana. La guerra civil con todos sus horrores está á nuestras puertas, guerra implacable, terrible, que ha hecho ya muchos miles de víctimas y cuyo término, desgraciadamente, no se acierta á ver en el momento que escribimos. Nuestra última revista hacia presentir esta calamidad aborrecida; al punto á que habian llegado las cosas parecia imposible evitar la efusion de sangre. Ya toda reflexion está de sobra; el estrépito del cañon nos corta la palabra y vamos á limitarnos á referir los sucesos que siembran la consternacion en esta ciudad, sometida á tantas y tan terribles pruebas desde que principió el asedio prusiano.

Cuatro dias de combates incesantes llevamos ya, y si hoy que es el quinto de la lucha fratricida, parece de descanso, es porque las pérdidas sufridas por la guardia nacional han obligado á sus jefes á hacer entrar en Paris sus diezmos batallones, para reorganizarlos en compañías de guerra con otra oficialidad, é incluyendo en ellos gente nueva, con cuyo fin se obliga á tomar servicio á todos los ciudadanos de diez y siete á cuarenta años, casados ó solteros, á los guardias móviles licenciados y á los voluntarios del ejército ó civiles. Es decir, que la interrupcion será corta, pues se emplea eficazmente el tiempo en aprestar fuerzas y recursos para continuar las hostilidades.

En la tarde del domingo se supo en Paris que las tropas de la Commune combatian contra las tropas de Versalles. Era en los pueblos inmediatos de Courbevoie, Puteaux y el puente de Neuilly, ocupados por algunos miles de guardias nacionales fortificados con artillería en las barricadas.

Pero esta accion del domingo no fué mas que una escaramuza ejecutada por las avanzadas de las tropas de Versalles, para desembarazar los aproches del monte Valeriano.

Mucho se ha discutido en Paris la cuestion de saber de dónde habian salido los primeros tiros.

La proclama de la Commune fechada el 2 de abril, dice que « los conspiradores realistas » fueron los que atacaron, y que no pudiendo contar ya con el ejército francés, emprendieron la lucha con la policia imperial y los zuavos pontificios; pero á esto se contesta en el campo opuesto que era cosa sabida que la guardia nacional queria marchar sobre Versalles.

Sea como quiera y prescindiendo de esta cuestion que puede llamarse vana, cuando los partidos militantes se hallan frente á frente y cierran los oídos á todo proyecto de avenencia, lo cierto es que la lucha del domingo fué no mas que un preludio de lo que debia tener efecto en los siguientes dias.

No es posible negar que habia un plan de ataque concebido en Paris y puesto en ejecucion con toda la energía de que son capaces las fuerzas ciudadanas, aunque mandadas por jefes inexpertos.

Tratábase de marchar á Versalles, como hemos visto despues hasta en los despachos de los generales improvisados por la Commune, y con este fin se habia dispuesto una salida por tres puntos diferentes.

De aquí resulta que eran necesarios tres ataques simultáneos, uno por el monte Valeriano, otro por Sevres é Issy y otro por Chatillon.

Y así se hizo en efecto, vamos á ver con qué resultado.

El general Bergeret debia dirigir el movimiento por la parte del monte Valeriano, y al amanecer del lunes los batallones de la guardia nacional en número de 30,000 hombres, tomaban el camino de Nanterre.

Era preciso pasar al alcance de los fuegos del monte Valeriano; pero como se habia dicho que el fuerte era neutro, se rompió la marcha y mucha parte de las fuerzas habian atravesado ya el espacio peligroso, cuando los cañones comenzaron las descargas, y una lluvia de proyectiles cubrió á los soldados ciudadanos. El pánico fué general y bastantes las víctimas; sin embargo, la posicion se ocupó por los que resistieron á pié firme, y luego los nacionales fueron rechazados y uno de sus principales jefes quedó en el campo de batalla.

Por el lado del sur se habian dirigido mayores fuerzas, á las órdenes del general Eudes.

Aquí los fuertes estaban en poder de los guardias nacionales federados;

Detrás del de Issy habia diez y ocho batallones que repe-

tidas veces intentaron ganar terreno, siempre sin lograrlo, porque los soldados del gobierno de Versalles se lo impedian desde los bosques.

Sin embargo, á las seis de la mañana llegaron nuevos refuerzos, y los federados entraron en los bosques, donde les recibieron con un nutrido fuego de fusilería y un vivo cañoneo procedente de las baterías del palacio de Meudon, que hizo imposible allí su establecimiento.

No hubo mas remedio que retirarse y se hizo el movimiento sin desorden, hasta llegar al fuerte de Issy donde ya los cañones de Meudon no alcanzaban con sus fuegos.

Lo restante de la jornada fué un combate de artillería de una violencia suma. Concluida la accion hubo allí tambien un gran desorden; la llanura estaba cubierta de fugitivos en direccion á Paris y todos se quejaban de sus jefes. Sin embargo, entre tanto continuaban los preparativos de ataque; llegaban nuevas fuerzas y todo un ejército se escalonaba en el camino de Sevres.

El tercer ataque, ó sea el de Chatillon, no tuvo mejores resultados para la Commune.

Las tropas de Versalles desalojaron del reducto á la guardia nacional, y preciso fué tambien emprender la retirada que protegieron los cañones del fuerte de Vanves.

En suma, hubo en los tres ataques simultáneos mucho arrojo por unos batallones, en tanto que otros flaquearon, y generalmente la lucha se concluyó con un movimiento en desorden.

Empero, la Commune no se dió por vencida, antes al contrario, anunciaba que las fuerzas comunales habian rechazado al enemigo en toda la línea.

En uno de sus partes decia que los « generales Bergeret y Flourens se habian unido y marchaban á Versalles; » en otro contaba con un triunfo seguro.

Mas en tanto Paris presenciaba el espectáculo mas doloroso.

Durante todo el dia y toda la noche se veian por sus calles guardias nacionales que volvian á su domicilio extenuados, rendidos de cansancio, profundamente desanimados, diciendo que todo se habia hecho mal, que habian faltado la direccion, las municiones, los víveres, y que las pérdidas habian sido grandes.

A pesar de esto, la lucha, como hemos dicho ya, ha continuado, concentrándose en Meudon y en el espacio que protegen los fuertes del Sur.

Las relaciones que se hacen de estas batallas, en las que el cañon ha tomado la parte principal, ofrecen poco interés en los detalles. Por ambas partes es encarnizada la pelea, sucediéndose los triunfos y los descalabros.

La ansiedad en Paris es extraordinaria. Por fin la verdad se abre paso. Los mismos periódicos amigos de la Commune confiesan que los guardias nacionales han sido desalojados de todas ó casi todas sus posiciones, y que todos sus ataques han fracasado. El general Duval y el general Henri han sido hechos prisioneros con una parte de los batallones que mandaban y han muerto fusilados en Versalles. Flourens ha perecido combatiendo. Las pérdidas de la guardia nacional federada ascienden á mas de 7,000 hombres. En resumen, el resultado definitivo es un desastre.

Tal es el lenguaje de los órganos mas autorizados del gobierno del Hotel de Villa, hoy dia 6 de abril; y el diario oficial, si se muestra mas tenaz que nunca para seguir combatiendo, no desmiente ni atenúa siquiera aquellos rumores.

Solo el informe del delegado ó ministro de la Guerra á la comision ejecutiva al exponer el estado de la situacion viene á confesar implícitamente todo lo que dicen aquellos periódicos.

El general Cluseret, que firma este documento, dice que la accion puede resumirse de este modo: « Soldados excelentes, oficialidad mediana, unos muy buenos y otros muy malos. Mucho arrojo y poca firmeza. » Y añade que cuando las nuevas compañías de guerra que se forman se hallen libres del elemento sedentario, se tendrá una tropa escogida, cuyo efectivo pasará de 100,000 hombres.

« Actualmente, dice, las posiciones respectivas de las dos tropas son estas: los prusianos de Versalles ocupan las posiciones de sus amigos de ultra-Rhin, en tanto que nosotros ocupamos las trincheras, los Moulineaux y la estacion de Clamart. En suma, nuestra posicion es la de hombres que fortalecidos con sus derechos, esperan con paciencia el ataque, limitándose á defenderse. »

Despues habla de los actos de heroismo de los federados, como el del batallon N° 101 que ha tomado una ametralladora á los de Versalles con otras dos piezas de artillería; rinde homenaje á los artilleros por la precision de su tiro, y concluye con la reflexion de que si la guardia nacional conserva su sangre fria y no maldaga sus municiones, el enemigo se cansará antes que la Commune.

Con este informe se da publicidad á una carta del general Bergeret, comandante de la plaza de Paris, en donde se dice que por la parte Oeste de la capital no debe haber temores. « En cuanto á Neuilly, añade la carta, ese objetivo de nuestros adversarios, le he fortificado formidablemente y desafío á todo un ejército á que le asalte. »

Tal es la situacion militar: una suspension de armas que, segun los preparativos no es de creer que dure muchas horas, al cabo de tres dias de encarnizados combates, cuya

ventaja ha sido para el gobierno de Versalles, segun resulta de la confesion de los mismos diarios que defienden á la Commune.

Y á todo esto, en Paris se toman medidas que hacen cada vez mas profundo el abismo que separa ya del gobierno de la nacion á los hombres del 18 de marzo.

En primer lugar se decreta la acusacion del jefe del poder ejecutivo, M. Thiers, y la de los ministros Favre, Picard, Dufaure, Simon y Pothuau como culpables de haber ordenado y empezado la guerra civil, y se declaran confiscados sus bienes; se confiscan igualmente todos los bienes llamados de manos muertas, pertenecientes á las congregaciones religiosas, en razon á que « el clero ha sido cómplice de los crímenes de la monarquía contra la libertad » y se suprime el presupuesto de cultos, porque se separa la Iglesia del Estado.

Por último, la Commune ha dado un decreto poniendo en vigor la ley de los rehenes, cuyas principales disposiciones son las siguientes;

« Toda persona acusada de complicidad con el gobierno de Versalles será inmediatamente encarcelada y se la formará causa. Se nombrará un jurado de acusacion que entienda en estos crímenes. Todos los acusados detenidos por el veredicto de acusacion serán rehenes del pueblo de Paris. Toda ejecucion de un prisionero de guerra ó de un partidario de la Commune de Paris, será seguida inmediatamente de un número triple de rehenes. »

Los periódicos de oposicion han sido suprimidos en su mayor parte. Los del gobierno del Hotel de Villa aprueban la medida; porque no se debe permitir á los malos ciudadanos que hagan uso de su talento para preparar la ruina de la Commune sirviendo á sus enemigos de Versalles.

Los que esparcen rumores odiosos sobre el gobierno, los que propagan noticias alarmantes para contrariar las operaciones militares, no pueden ser tolerados, sino que deben considerarse como si fuesen espías militares sorprendidos en flagrante delito de inteligencia con el enemigo. Y por lo tanto incurren en todo el rigor de las leyes de la guerra. Es un acto de traicion, igual al que habria podido cometer durante el sitio un periódico cualquiera que hubiese tomado partido por los alemanes.

Se habla de distintas prisiones y de visitas domiciliarias en ciertos establecimientos religiosos, principalmente en los jesuitas.

El señor arzobispo de Paris, monseñor Darboy, está en la cárcel, así como M. Deguerry, cura párroco de la Magdalena, el general de los jesuitas, el cura párroco de la iglesia de Saint-Severin y otros sacerdotes. Estas prisiones se atribuyen á tentativas de ocultacion de los bienes del clero declarados, como antes hemos dicho, bienes nacionales.

A todo esto la Commune prodiga sus explicaciones en repetidas proclamas

La que ha dirigido el dia 5 á los departamentos es una contestacion á las « mentiras y calumnias » de Versalles. En ella se repite que el gobierno de M. Thiers es el que ha comenzado la guerra civil asesinando á las avanzadas, engañadas por la apariencia pacífica de sus sicarios; así como asesina tambien á los prisioneros y amenaza á Paris con los horrores del hambre y de un sitio.

La Commune dice que todas las noticias que se propalan en los departamentos son falsas; que no es verdad que Paris intenta gobernar á la Francia y ejercer una dictadura que seria la negacion de la soberanía nacional; que en Paris no hay robos ni asesinatos, que jamás las calles de la capital han estado mas tranquilas, y que desde hace tres semanas no se ha cometido un robo ni se ha perpetrado ningun asesinato.

Paris no aspira mas que á fundar la República y á conquistar sus franquicias comunales, para ejemplo de los demás pueblos de la Francia, y si ha tenido que salir del círculo de las atribuciones normales, ha sido para responder al estado de guerra provocado por el gobierno de Versalles.

El manifiesto concluye con una excitacion á los franceses de los departamentos, para que secunden á Paris en su lucha contra los realistas.

Hemos acabado el bosquejo de la situacion, segun resulta de los acontecimientos de la semana. ¡Triste cuadro en verdad y hoy por hoy sin otras perspectivas que las de los sangrientos horrores de la fratricida lucha que se prolonga á la vista de los ejércitos prusianos!

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

EL RÉPROBO.

Brilla la luna en el sereno cielo
Tachonado de estrellas refulgentes
Derramando su plácido consuelo
En las cansadas frentes.

El mar en calma está : ligero viento
Las sosegadas olas halagando
Postra dormido al férvido elemento
Su furor olvidando.

En una barca entonces se aparece
El infeliz que el crimen en sí encierra,
Con solo presentarse, se oscurece
El cielo, el mar, la tierra.

Ocúltanse la luna y las estrellas
Sucediendo á su luz la noche oscura,
Y ensordece el Señor á las querellas
De tímida amargura.

Los comprimidos vientos deja sueltos
Y con paso veloz al cielo sube
La tempestad y el huracan envueltos
En tenebrosa nube.

Crece la oscuridad : en un momento
Rásgase el cielo, y lumbre aterradora
Se enciende, se consume, y con violento
Resplandor lo colora.

La dulce calma que en la mar reinaba
Cambia en furor su dueño embravecido
Oyendo cual su estancia retemblaba
De truenos al ruido.

Cobra su saña, y rígido conduce
Los montes que levanta procelosos
Los agita, los chocha, y los reduce
A globos espumosos.

Se juntan y confunden entre tanto
Los fieros elementos encontrados
Y por dō quier el miedo y el espante
Abortan irritados.

El hombre que la barca conducia
Se ve encerrado en medio de este infierno
Pensando que su rabia desafia
Las iras del eterno.

Levántase al instante, y vacilando
Une su voz con la del trueno ¡osado!
Y entre el rencor y el miedo reluchando
Dice desesperado :

« ¿Hasta cuándo, Señor de los mortales,
» Has de afirmar tu diestra vengativa
» Dejando de tus odios las señales
» Sobre mi frente altiva ?

» ¿No basta que los hombres, de su seno
» Me aparten con horror y saña impía
» Cual si formada con atroz veneno
» Fuese la sangre mía ?

» ¿ Siempre mi corazon envilecido
» Ha de ser de las furias el antojo :
» Y en precursor mi cuerpo convertido
» Del rayo de tu enojo ?

» Crímenes cometí : crímenes digo
» Que si eres justo perdonar debieras
» En vez de horrorizar con tu castigo,
» A los hombres y fieras.

» No soy tu hijo, no : decir yo puedo
» Que en mis entrañas Satanás habita,
» El que me arranca el valor, me infundé el miedo
» Con su garra maldita.

» Teme, pues, que con vuelo mas que humano
» Levante contra tí tus enemigos
» Para quemar el cetro soberano
» Que dicta los castigos. »

No pudo proseguir. Con rabia fiera
Salió de su garganta horrendo grito
Que articulaba por la vez postrera :
« Para siempre maldito. »

Tal suele retronar en el profundo
De Satanás el grito repentino,
Cuando la presa que tenia en el mundo
Le arranca ángel divino.

Vibra el Señor el rayo fulminante
Que su hediondo cuerpo pulveriza,
Y en las duras entrañas del diamante
Sepulta su ceniza.

¡ Perdon, perdon, Señor ! Toda la gente
Ya postrada te adora respetuosa,
Pues temblar hace al rico y al valiente
Tu mano poderosa.

C. Y. EPHEBUS

FELISA.

¿ No veis á Felisa
Ceñida de flores
Mostrar sus primores
Con aire gentil ?

¿ No veis su megilla
Risueña y hermosa
Cual nace la rosa
Del verde pensil ?

Riendo sus labios,
Brillando sus ojos,
Agraviados enojos
Ocultan su ardor ;

La cercan amores
Si amores suspira,
Si alegre respira
Se aleja el dolor.

Mirad al vislumbre
El negro cabello
Que ostenta su cuello
De blanco marfil :

Mirad su semblante,
Su leda hermosura,
Su gala mas pura
Que el aura de abril.

¿ A quién sus acentos
No brindan amores ?
¿ A quién sus colores
No muestran amor ?

¿ Y quién al mirarla
Tan pura y tan bella
No gime por ella,
No siente el dolor ?

Si brisa inocente
Con rápidas alas,
Ondeando sus galas
Descubre su tez :

Confúndese mística
La blanca azucena
Que brilla serena
Con noble altivez.

Si nítida y bella
Su frente argentada
Se anuncia esmaltada
Por célica flor :

El valle la rinde
Su fresca verdura,
El mar su bravura,
La selva su olor.

¿ Mas no veis la aureola
Que brilla en su frente ?
¿ No oís dulcemente
Un himno de amor ?

¡ Pues él la arrebató
Al cóncavo cielo,
Y esparce en el suelo
Angustia... dolor!...

Desciende Felisa
Del cielo sereno,
Respire tú seno
El néctar de amor :

Los años no opriman
Tu sien candorosa,
El alma orgullosa
Conserve tu ardor.

Desciende á los brazos
Del tímido esposo,
Tu aliento amoroso
Suspire por él,

Que amor en los brazos
De esposo querido,
Tejió dulce nido
De rosa y clavel.

Los cielos os miren
Amantes unidos,
Esposos queridos
Mil años y mil :

Y en vuestro regazo
El hijo creciendo,
Os muestre riendo
Su edad infantil.

B. BASTAN.

Una expedicion á San Miguel del Fay.

(Continuacion. — Véase el número 950.)

Mientras que hacíamos preguntas á nuestro guia, Lla-
no el marino consiguió, ayudado de piés y manos, y
con la tea en la boca, preparar á lo alto de la torre donde
clavó su antorcha con el mismo orgullo que si, cabal-
lero de la edad media, hubiera clavado su señorial
pendon despues de haber tomado el fuerte por asalto.

Su aparicion y la de la antorcha que allí quedó cla-
vada, fué saludada con un nuevo salvaje concierto de
bocinas.

Cuando el marino bajó ya estaba el poeta aristocráti-
co, en desórden los cabellos, iluminados por el fuego
de la inspiracion los ojos, trémula la mano por la emo-
cion, recitando una de aquellas sus viriles y caballeres-
cas baladas.

Seguió el poeta de las damas declamando con su voz
dulce y su acompasado acento una de sus tiernas y sen-
cillas doloras, y el fabulista dejó oír á continuacion uno
de sus mas sentimentales y simpáticos cantos.

Terminado todo, nos sentamos á la redonda sobre
enmohecidas piedras, fijamos las antorchas en los in-
termedios de persona á persona, pusimos las botellas
de Champagne en el centro del círculo, empuñamos
cada uno nuestra copa y...

Y así empezó el cronista su leyenda.

VII.

LAS LIGAS DE LAS SEIS DONCELLAS.

Era un noble y valiente caballero don Guillen de Za-
portella (1).

Era tambien de un particular carácter.

Nunca se quitaba la armadura, segun voto que decia
haber hecho; manejaba con una facilidad extrema un
hacha de armas que apenas podian levantar dos hom-

(1) Don Cayetano de Villalonga, actual baron de Segur es
el descendiente en línea recta de los Zaportellas, el herede-
ro de esa ilustre raza de guerreros que con sus hechos de
armas han ennoblécido el Principado.

Fisiología del cuerpo de guardia, por Bertall. — De noche.



Los dormilones de las doce á las dos de la madrugada.



Centinela de noche.

La hora de la patrulla

La ronda de noche



Los dormilones de las dos á las cinco de la madrugada

Fisiología del cuerpo de guardia, por Bertall. — De día.



El gastador.



Jefe del cuerpo de guardia.



El tambor.



El cabo.



La vivandera.



El sargento.



Centinela á sus anchas.



Centinela modelo.



Centinela de aspecto pintoresco.

bres; era adusto y salvaje; tenía una reputación de justiciero y de inflexible que hacía temblar á cuantos le rodeaban; dormía en despoblado hasta que, acostumbraba á decir, después de haber conquistado por el conde de Barcelona, conquistara para sí; en fin, no reconocía superior en nada y si alguno le injuriaba, se hacía justicia por su mano propia.

Todo esto contribuía á que gozara de un terrible nombre y á darle cierto aire particular de caballerosidad y aventura.

Había ayudado al conde Wifredo en sus guerras contra los moros. El primero en todos los asaltos, el primero en todos los peligros, el primero en todas las victorias, había hecho acreedor á la particular estimación del Velloso que deseando honrarle dignamente y como su valor merecía haciéndole una señalada merced, le propuso un día tres cosas, invitándole á elegir la que más le acomodara.

1ª Darle cincuenta almogaváres.

2ª Hacerle señor de un castillo.

3ª Elegir seis nobles allegados suyos que el conde haría caballeros con expresa condición de mirar como su señor y capitán el señor de Zaportella.

Don Guillen no quiso los cincuenta almogaváres.

No quiso castillo porque esperaba conquistárselo.

Elegió los seis caballeros.

El día fijado por el conde, don Guillen le presentó seis nobles de nombre ilustre, seis hombres de hierro allegados al de Zaportella, adictos á él en vida y en muerte, compañeros en todas sus hazañas, partícipes de todos sus peligros, siguiéndole como la sombra al cuerpo, unidos á él como la rama al tronco, dóciles á su voz como el perro al dueño.

Por eso don Guillen acostumbraba á decir que con solos sus seis camaradas conquistaría un reino el día que se le antojara tener un reino.

¿Qué lazo misterioso unía á esos seis hombres con ese otro hombre?... ¿De dónde venían unos y otros?... ¿Dónde habían hecho su aprendizaje en las armas?... ¿Por qué esa adhesión y fidelidad sin límites de los seis nobles donceles al victorioso caballero, y ese cariño y afecto particular del caballero á los seis donceles?...

Nadie lo sabía.

En nada obstó esto para que Wifredo, que tenía en mucho al de Zaportella y á cuyo brazo debía señaladas victorias, accediese, según lo prometido, á nombrar caballeros á los elegidos por el ilustre aventurero.

Hízoles jurar protección á los débiles, á las viudas y á los huérfanos, mandóles reconocer como á su señor al señor de Zaportella y despidió á este entregándole sus seis hermanos de armas convertidos en seis caballeros. Don Guillen no cabía en sí de gozo. Terminada la ceremonia, partió con sus nuevos caballeros al sitio donde tenía su tienda que era en el monte de Montbuy, cuando al atravesar un bosque cercano á una población, que todo conduce á creer fuera Caldas, notaron los preparativos de una fiesta.

Detuviéronse un momento, y no tardaron en ver llegar una comitiva de montañeses acompañando á dos recién casados. Iba el nuevo esposo rodeado de sus deudos y amigos, y la esposa caminaba á la cabeza de cinco doncellas cuya notable belleza no era capaz de oscurecer, mas que la belleza de la recién casada acaso sin rival en la comarca.

Ya se ha dicho que don Guillen era feliz aquel día y sentíase dispuesto á otorgar cualquiera merced ó servicio.

Acercóse, pues, á la encantadora joven que al frente de las cinco caminaba, y desatando una banda verde bordada en oro que ceñía su cintura, la puso en sus manos diciéndola:

— Ya que la casualidad te ha colocado en mitad de mi camino en un día feliz para mí, que sea algo para tí esa casualidad. Toma esa banda bordada por mi madre. Me llamo don Guillen de Zaportella y me hallarás siempre en el sitio donde sepas que hay infieles que combatir. Si algún día necesitas el auxilio de un esforzado paladin, si algún día, para librarte de un mal paso, te es necesario el brazo de un campeón, envíame esta banda, hermosa desposada, y reclama en su nombre y el de mi madre mi protección. Desde donde quiera que esté, juro volar en tu auxilio lo mismo que si este auxilio me fuera reclamado por la hija de un poderoso César.

La joven bajó ruborizada los ojos, y la noble caballera partió después de haber hecho los seis caballeros, á imitación de don Guillen, un regalo á cada una de las seis doncellas.

La banda no se hizo esperar. Aquella misma noche, don Guillen que tenía por costumbre dormir atravesado en la puerta de su tienda, sintió en medio de su sueño que un hombre tropezaba con él queriendo entrar apresuradamente. Levantóse de un salto, empuñó su hacha de armas y la blandió sobre la cabeza del recién llegado. Este, que era un montañés, cayó de rodillas destrozado por el cansancio y la velocidad de su carrera, y sin poder articular una palabra extendió sus dos manos hácia el de Zaportella y le presentó su banda.

Hé ahí lo que había pasado.

Los seis nuevos caballeros, apenas vieron dormido á don Guillen, cuando desandando lo andado, habían corrido á la población inmediata y apoderándose de las seis doncellas en el momento en que se dirigían á la casa nupcial para dejar en ella á la desposada.

El esposo y sus amigos quisieron resistirse, pero, débiles y sin armas, viéronse rechazados no sin haber recibido algunas graves heridas.

Sin embargo, la joven desposada había tenido tiempo para poder arrojar la banda á su marido y decirle al oído:

— Llévala á don Guillen de Zaportella.

Entonces el marido había corrido en busca de don Guillen.

El noble caballero se resistía á creer lo que oía; parecía imposible tal audacia y tal descaro en hombres que fielmente lo habían servido, que tan queridos le eran, que tan nobles y leales los juzgaba, y á quienes por esa misma lealtad y nobleza había hecho aquel día armar caballeros.

Pero, ya que no á los labios del montañés, tuvo que dar crédito á sus propios ojos; los seis caballeros no estaban en sus tiendas.

Furioso don Guillen, excitados todos sus sentimientos de justicia y caballerosidad por aquel hecho infamante, montó precipitadamente á caballo y juró que debía hacer en aquellos felones caballeros un singular escarmiento si hallaba ser verdad lo que le aseguraba el montañés.

Y era hombre don Guillen capaz de cumplir su juramento aun cuando hubiesen sido hijos suyos los raptos.

Preguntó al esposo la dirección que habían tomado los caballeros con sus presas, indicóle el infeliz una torre solitaria, colocada sobre una eminencia cerca de la población, y don Guillen partió después de haber encargado á sus escuderos y hombres de armas que se le unieran lo más prontamente posible con clavos y cuerdas.

Hecho este encargo, don Guillen hacha en mano partió á todo escape hácia la torre, á cuya puerta no tardó en llegar.

Derribó de un hachazo la puerta, penetró en el patio, y guiado por la luz y las carcajadas que partían del primer piso de la torre, subió la escalera, empujó la segunda puerta que estaba solo entornada y se presentó en el umbral como la más fantástica aparición.

Las pobres doncellas, pálidas y desordenadas, estaban atadas en un banco, mientras que los seis raptos echaban suertes para saber cuál era la que á cada uno le tocaba.

Al presentarse el noble don Guillen resonaron dos gritos solo; de terror el uno, era el de los caballeros; de alegría el otro, era el de las doncellas.

El de Zaportella, sin pronunciar la menor palabra quedó inmóvil en el umbral paseando sus ojos de águila por el lugar de la escena, haciéndose cargo hasta de las menores circunstancias, como si aun, á pesar de la evidencia, se resistiese á creer su corazón el crimen de sus caballeros.

Estos entonces, en el rostro de aquel hombre que les había guiado á los combates, que había partido siempre con ellos sus peligros y su gloria, al cual debían tan recientemente su título de caballeros, en aquel rostro, decimos, leyeron ya de antemano su sentencia.

En efecto, por mucho cariño que les hubiese profesado, el borron que acababan de echar sobre sus timbres había bastado á extinguir todo el afecto que pudiera tenerles aquel corazón de caballero sin tacha y de varón íntegro y justo.

Nada tenían pues que esperar del terrible justiciero, que como la sombra de su conciencia acababa ante ellos de vomitar la tierra. Nada tenían que esperar de él...

Nada; ni piedad, ni misericordia.

Todos, pues, permanecieron inmóviles, inclinada la cabeza ante la mirada interrogadora, severa é inquisitorial del caballero. Las pálidas y hermosas jóvenes por su parte, palpitantes de emoción y de zozobra, no se atrevían á despegar los labios, pues acaso adivinaban la lucha terrible que tenía lugar en el corazón del de Zaportella.

Este al entrar, al ver erguirse palpable y denunciadora ante sus ojos la evidencia de lo que hasta entonces quizá solo tuviera en duda, este había dejado rodar á sus pies su terrible hacha de armas y cruzando los brazos sobre el pecho, inmóvil, mudo, pero expresivo fantasma, no dejaba de hacer pesar sobre los seis humillados caballeros el rayo de reconvencción lanzado por sus animados ojos.

Aquellos pocos minutos, aquellos breves pero dramáticos instantes de silencio, fueron para todos un siglo. Un siglo de agonía y de humillación para los raptos, de inquietud y de zozobra para las doncellas, de lucha y de dolor para el noble caballero.

De pronto un confuso rumor de pasos y de voces llegó á los oídos de todos, y una multitud de nuevos personajes se presentó en la estancia. Eran los escuderos y el esposo que llegaban con armas y luces.

A la vista de todos aquellos hombres que iban á ser testigos de la escena, que iban á comprender lo que había pasado, y que ilustrados ya tal vez por el esposo, solo iban quizá á presenciarse la justicia de don Guillen, el corazón de este dejó de vacilar, de dudar.

Pasó una mano por sus ojos como para arrojar una nube, revistióse de toda su voluntad de hierro y levantando la voz, dió orden para desatar á las seis doncellas.

Era la primera vez que se abrían sus labios: su voz llegó como un eco fúnebre á los oídos de los raptos.

En seguida dispuso que se clavaran seis garfios en el techo, colgando en cada uno de ellos una cuerda, y volviéndose hácia las hermosas doncellas que todas se habían precipitado á sus pies dándole gracia por tan gran beneficio, les pidió sus ligas ó ceñidores.

Así que las tuvo mandó á un escudero formar con ellas seis nudos corredizos.

Los caballeros, con una palidez que visiblemente iba á cada instante en aumento, habían seguido todos los detalles de aquella escena hasta que ya no pudo caberles duda sobre la intención del de Zaportella.

Entonces las mujeres, que también la habían comprendido, volvieron á arrodillarse á los pies del conde demandando gracia para sus raptos.

Todo fué inútil. Era un inflexible caballero don Guillen de Zaportella y era aquella una edad de hierro.

Mandó en seguida poner un banco bajo las cuerdas que de los garfios colgaban, y dió orden á los seis caballeros para que subieran á él y se dejaran pacíficamente poner al cuello los nudos corredizos, formados, para mayor castigo, con las ligas mismas de las doncellas cuyo honor habían intentado marchitar.

Entonces uno de los seis se adelantó y dijo á don Guillen que pues todos eran nobles y caballeros, no merecían morir colgados como villanos, que les permitiera atravesarse á sí mismos el pecho con la espada, y purgar de este modo y por su propia mano el crimen cometido.

Don Guillen contestó que si la enormidad de la falta no fuera tan grande, hubiera bastado aquella proposición para reconciliarlos con él, pero que como habían deshonrado sus armas el mismo día de ser armados caballeros, mas los prefería muertos que deshonrados.

En seguida les concedió lo que pedían y enjugó con su guante de hierro una rebelde lágrima que asomó á sus ojos.

Entonces los seis caballeros desenvainaron sus espadas, y fieles á su promesa, se atravesaron con su propio acero el corazón sin que temblara su mano, sin que se abrieran sus labios.

La estancia que habían escogido para orgía les sirvió de tumba.

Era aquella época una grande época, y eran aquellos unos grandes hombres.

La sangre que de las seis heridas brotó en abundancia, se esparció por la habitación inundándola toda, hasta que fué en ancho arroyo desliziándose por las gradas de la escalera que la arrojó á su vez al patio.

Hé ahí por qué desde entonces se llama la torre de Caldas *la Torre Roja*.

En cuanto á don Guillen, el digno, el terrible justiciero, participó al día siguiente su acto de justicia al conde de Barcelona, y admitió los cincuenta almogaváres, á cuya cabeza murió poco tiempo después en una encarnizada refriega con los moros.

Por sencilla que fuera esta leyenda, causó, contada en el mismo sitio del acontecimiento, una notable impresión en nosotros todos. A cada momento nos parecía que íbamos á ver asomar por las ventanas los pálidos rostros de los seis caballeros, ó aparecer tras de un paredón la gigantesca sombra de aquel hombre de hierro que se llamaba don Guillen de Zaportella.

Nos levantamos, y sin siquiera querer asomarnos á ver si conservaba aun los seis garfios el techo de la torre, nos pusimos en marcha para Caldas, dejando allí las seis botellas que habían sido de Champagne, y arbolada en la torre la antorcha resplandeciente del marino Llano.

Al llegar al pie de la colina nos volvimos. La lobreguez de la noche impedía que viéramos la torre; pero distinguíamos perfectamente una luz rojiza como de una estrella ó de una fruta de fuego. Era la antorcha.

Aun llegamos á Caldas á tiempo de asistir á un baile que en honor de un bautizo daban algunos jóvenes de la población.

Victor BALAGUER.

(Se continuará.)

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuación. — Véase el número 950.)

Jael abrió la puerta con una repugnancia visible, y M. Raby, que no podía comprender aquella condescendencia, miró al doctor encogiéndose de hombros.

— Mi querida Gracia, exclamó Coventry, el carruaje nos espera.

Apenas entró en el cuarto, Gracia se apoderó del puñal y se lanzó á él como una leona.

El doctor y M. Raby quisieron interponerse, pero el movimiento de Gracia fué tan rápido que no les dejó tiempo. Con los ojos encendidos y el puñal levantado, casi tocaba ya á Coventry. La mano descargó el golpe, y guiada como lo estaba por una rabia ciega, habría hundido la hoja en el cuerpo del infame, si Jael, mas lista que los dos hombres, no hubiese asido el brazo de la joven.

Así fué que el golpe se desvió y perdió su fuerza; mas sin embargo, el acero penetró la megilla de Coventry y llegó hasta la lengua.

Jael inmediatamente se apoderaba de Gracia y á pesar de su resistencia la llevaba al otro extremo del aposento.

Coventry no trató de ampararse; su amor, aunque criminal, le dió una serenidad heróica.

— No, no, dijo, dejadme morir de su mano, ahora es ya todo lo que deseo.

Y dió un paso hácia Gracia para que tuviera ocasion de consumir su designio; pero el doctor se apresuró á desarmar á la jóven, en tanto que M. Raby se interponia entre los dos esposos para separarlos.

El cuarto presentaba un cuadro muy singular; el novio apoyado en el armario de espejo con la megilla ensangrentada y la sangre chorreando por su camisa bordada; Gracia agitándose como una loca en los brazos de Jael, Amboyne y Raby consternados.

Raby fué el primero que recobró su sangre fria.

— Doctor, exclamó, ese hombre está herido y le debéis vuestros cuidados.

Amboyne no esperó que se lo repitiera.

Mientras examinaba la herida de Coventry llamaban otra vez á la puerta y una voz preguntaba cuál era la causa de una tardanza que se prolongaba tanto.

Era M. Garden.

El squire le introdujo al punto cerrando la puerta detrás de él; y luego en pocas palabras le puso al corriente de lo acaecido.

Coventry, en el colmo de la confusion no se atrevia á levantar los ojos.

— ¡Oh, hija mia! exclamó aterrado M. Garden. ¿Queriais cometer un asesinato?

— Sí, respondió la jóven fuera de sí, he querido asesinarle yo para ahorrarle á él ese trabajo... Habria purgado á la tierra de un monstruo... Todos vosotros sois ciegos... A vos principalmente que os llamais mi padre y que me habeis encadenado á ese malvado... Pero tenedlo entendido, no siempre estareis ahí para protegerle.

A estas palabras Coventry levantó la cabeza y dijo en tono de reconvenccion:

— No pido yo proteccion ninguna. Si quereis matarme porque os he amado con frenesí, os daré todas cuantas ocasiones pueda daros.

— Espero que no tendrá ya ninguna, replicó M. Garden. ¿Creeis que vivirá con vos? Lo que teneis que hacer es salir de mi casa para no volver á ella nunca... Amigos míos, compadeceos de un desdichado padre, ayudadle á tener oculto tan triste suceso.

La necesidad del misterio era evidente para todos. Los tres amigos se consultaron un instante, y en tanto que el doctor se llevaba á Coventry á otro cuarto y le curaba la herida, M. Garden volvía á la sala del festin y anunciaba á los convidados que su yerno habia sentido una súbita indisposicion, lo que cambiaba en ansiedad la alegría de la familia.

Los convidados tomaron esta comunicacion como una despedida en buena forma y se dispersaron al punto, no sin hacer toda clase de comentarios.

M. Raby y Jael Dence hacian grandes esfuerzos para calmar á Gracia, lo que solo se pudo lograr prometiéndola solemnemente que Coventry se alejaria de allí para que ella no pasara una sola noche bajo el mismo techo que aquel odioso personaje.

El doctor Amboyne no estaba sin inquietud respecto de Coventry.

La herida de la megilla no era grave, pero la lengua sangraba tanto que le fué preciso llenarle de hielo la boca.

El estado del herido exigia cuidados y se negó á permitir que le sacaran de Woodbine-villa.

Sin embargo, tenia que conseguir que Gracia aceptara esta decision, lo cual no era fácil.

Cuando se lo dijeron, la jóven reclamó de M. Raby la ejecucion de la promesa que la habian hecho.

El squire, que era hombre de palabra, propuso llevarla á ella con Jael á Raby-hall y, en efecto, partieron los tres, dejando á Coventry en Woodbine-villa bajo la guarda de un practicante que habia recibido instrucciones del doctor Amboyne.

M. Garden no se atrevió á hacer ninguna objecion, aunque le mortificaba la marcha de su hija.

Algunas horas despues Gracia volvía á tomar posesion con Jael de aquel cuarto de Raby-hall, teatro de sus sueños de niña.

Tal fué la primera noche de bodas de Gracia Garden.

XXXVII.

RESURRECCION.

Al otro dia Coventry, informado de la marcha de Gracia, insistió por salir de aquella casa.

— Ya soy bastante desgraciado, dijo á M. Garden, no quiera Dios que yo separe á mi único amigo de su hija.

M. Garden envió al punto un carruaje á Raby-hall con dos palabras para decir á Gracia que Coventry se habia alejado.

El infortunado padre suplicaba á su hija que volviera, prometiendo que la protegeria en el caso en que reclamara Coventry sus derechos conyugales.

La jóven se encontraba en una situacion muy dolorosa cuando recibió esta carta.

Mrs. Little, que habia vuelto muy tarde de Hillsborough, habia sabido con sorpresa la presencia de Gracia en la casa y el motivo que la habia traído, y no obs-

tante las súplicas de Jael se negó con obstinacion á ver á la que habia sido la prometida de su hijo.

Esta negativa que Gracia adivinó viendo que Mrs. Little no se presentaba al almuerzo, la decidió á conformarse sin tardanza á los deseos de M. Garden.

Salió pues de allí, con el corazon quebrantado y tan desgraciada, que Jael, no queriendo abandonarla, la acompañó con la intencion de permanecer á su lado uno ó dos dias.

Empero las instancias de Gracia la obligaron á permanecer mas tiempo.

Entre tanto M. Coventry no daba señales de vida, esperando la ocasion de volver á entrar en escena.

Por fin, no pudiendo resistir mas, escribió una carta llena de sumision y de arrepentimiento, en la cual, sin solicitar directamente su perdon, parecia prometerse que tarde ó temprano le obtendria.

Irritada con esta tentativa, Gracia le contestó:

« Si os arrepentís en realidad de vuestros crímenes, probadlo dejando este pais y alejándoos de una pobre criatura cuya felicidad habeis destruido. »

Como no era esto lo que buscaba Coventry, replicó diciendo:

« ¿Dejar el campo libre á M. Little? Jamás, mistress Coventry, no lo esperéis. »

La correspondencia se interrumpió aquí; pero Gracia se sobrecogió de terror con la idea de que su odioso marido y el hombre que ella amaba iban á encontrarse quizás, de lo cual resultaria algun drama terrible que podria conducir á Enrique al cadalso.

En este estado mental la sorprendió una mañana el telegrama siguiente fechado en Liverpool:

« Desembarco en este momento. Estaré en vuestra casa á las cuatro. »

« ENRIQUE. »

Jael la encontró temblando con el telegrama abierto. Preciso es renunciar á describir todas las fases porque pasó aquel corazon trastornado durante aquellas horas.

¿Quién es capaz de analizar la tormenta? Fueron sucesivamente la alegría, la impaciencia, la vergüenza y la desesperacion hasta el extravío.

¿Cómo soportar la vista de Enrique?

Quería darse la muerte en el momento en que oyera sus pasos, á fin de que recogiese su último suspiro, y un instante despues, preferia morir á manos de su amante.

— Si me mata, dijo á Jael, trata de que luego se escape. No quiero que por causa mia le condenen.

La presencia de su jóven amiga la fué muy útil en aquella ocasion.

Aunque muy perpleja sobre aquella entrevista, Jael se encargó de organizarla, y un poco antes de las cuatro hizo subir á Gracia á su cuarto, situado en el piso principal y la dijo:

— Dejadme que primero le reciba yo, y cuando lo sepa todo y esté bien preparado para veros, os avisaré.

Gracia se sometió como una criatura á estas disposiciones, y hasta consintió en extenderse en su cama para recobrar algunas fuerzas, pues en realidad estaba muy abatida y apenas podria mantenerse en pié.

Así permaneció inmóvil y muda con su mano en las manos de Jael.

De repente se levantó sobresaltada.

Acababa de detenerse un carruaje delante de la verja: Enrique Little se apeó del carruaje y Gracia entreabrió la cortinilla del balcon para mirarle.

— ¡Amado mio! murmuró. ¡Mas hermoso que nunca!

La vista de su amante la causó trasportes de alegría, seguidos de una horrible angustia.

Esperó y esperó largo rato; pero no llegaba ningun mensaje.

Sin embargo, ella estaba bien segura de haber visto entrar á Enrique Little.

Por fin, perdiendo la paciencia, bajó muy despacio la escalera y se deslizó en la biblioteca de su padre, donde solo una puertecilla la separaba de Enrique y de Jael.

¿Qué pasaba en la pieza contigua?

Cuando Jael vió llegar á Enrique corrió á su encuentro, y poniéndose un dedo en los labios le introdujo en el comedor.

Aquella acogida misteriosa alarmó á Enrique que traía ya mil ansiedades, y en cuanto se vió solo con la jóven, la tomó las manos é interrogándola con la voz y la mirada, dijo:

— ¿Vive?

— Sí.

— Gracias. Benditos sean los labios que me dan esa seguridad... Mi buena Jael, mi mejor amiga...

Y Enrique la abrazó con efusion.

Jael estaba como una estatua.

Sus megillas se encendieron un instante y luego recobraron su palidez.

El jóven se alarmó de nuevo.

— ¡Sucedo algo! exclamó.

— Sí.

— Algo que me quereis ocultar.

— ¡Ay! necesito todo mi valor para decíroslo, y vos tambien necesitais mucho valor para oirme.

— Decidme otra vez que vive.

— Vive, sí; pero la importa muy poco la vida. La habian engañado diciéndola que habiais muerto, y todas las apariencias confirmaban la noticia... Durante largo tiempo se mantuvo firme; pero al cabo vencieron su resistencia... Gracia está casada.

— ¡Casada!

— Sí.

Enrique no sabia lo que pasaba por él. Obligado á buscar un apoyo para no desfallecer, comenzó á sollozar de tal manera, que Jael conmovida con aquel dolor, bajó la cabeza y lloró igualmente.

Al cabo de una larga pausa estalló en imprecaciones.

— Callaos, dijo Jael, os arrepentiriais de vuestras palabras. Antes de juzgarla teneis que oirla.

— ¿Qué he de oír? ¿No sé ya lo bastante?... Es la mujer de otro... ¡Creerme infiel!... Solo los corazones falsos creen en la traicion... ¡Creerme muerto!... ¿Y por qué? ¿Por que han encontrado un brazo en el rio?.. Debió ir á verlo... ¿Me engañaria á mí otra mano que la suya?... ¡Ah! ¡Nunca me ha amado!...

— Sí, os ha amado y os ama: ella estaba presente cuando encontraron aquella mano, y cayó desmayada y estuvo muchos dias á las puertas de la muerte... Mas aun, ha derramado sangre por vos, el mismo dia de sus bodas ha intentado matar á su marido...

— ¡Intentado! ¿Y por qué no acabó?

— Porque yo detuve su brazo... Sois mas culpable que ella, sabedlo. Habeis obrado de loco... ¿Por qué salisteis furtivamente, de noche, sin advertir á nadie?...

— Dejé cartas, una para ella y otra para vos.

— Sí, pero no tuvisteis la precaucion de echarlas al correo... ¿Cómo tuvisteis valor de marcharos sin decirme una palabra?... ¿No soy vuestra amiga? ¿No os he dado pruebas de mi amistad? Y en cambio vos ¿qué habeis hecho? Ni siquiera me habeis honrado con vuestra confianza. Es preciso que sepais la verdad... Todas vuestras desgracias y las suyas proceden de aquel viaje precipitado. ¿Y ni siquiera os dignais poner en la confianza á vuestra mejor amiga, que teniais allí á dos pasos!... La dejais entregada á vuestros enemigos, tanto que la noche misma de vuestra marcha, me recogieron medio muerta y he pasado un mes en el hospital... ¿Os sorprende oirme hablar así?... No habeis tenido piedad por esa pobre mujer y no pensais que sois la causa de todo, por vuestra locura y por vuestra ingratitud, sí, lo repito, por vuestra ingratitud.

Desconcertado por este ataque tan vivo como imprevisible, Enrique no sabia qué replicar, cuando acudió en su socorro un defensor que no esperaba.

— ¿Por qué acusarle? exclamó Gracia presentándose de repente, yo soy la única culpable. No, Enrique, no os he amado como habria debido... He querido morir y aun estoy viva... He querido matar á ese monstruo y no he podido... Ya veis que no he sabido amaros, puesto que he hecho vuestra desgracia... Dadme un abrazo, amor mio, y matadme, pues no merezco vivir.

Y al hablar así Gracia se arrojó á los piés de su amante, y luego se colgó de su cuello, cubriéndole de caricias, estrechándole con toda la energía de la desesperacion.

Enrique se vió desarmado con aquella demostracion y muy luego sus lágrimas cayeron como una lluvia de verano sobre la cabeza de la jóven.

— ¡Oh! Gracia, Gracia, decia sollozando ¿cómo habeis podido?...

— No la hagais reconvencciones, exclamó Jael, seria darla la muerte. ¡Ay! Es mas digna de compasion que vos y él tambien...

— ¡El tambien!... Ese hombre es su marido, tiene derecho de vivir con ella y...

Aquí las imprecaciones comenzaron con nueva violencia, la serpiente de los celos le habia mordido en el corazon.

Rechazó á Gracia y comenzó á dar pasos por el cuarto como un loco.

— ¿En dónde puedo encontrar á ese hombre? exclamó.

— No en esta casa ni en ninguna que habite Gracia, contestó Jael.

A estas palabras Enrique miró sucesivamente á las dos mujeres con la mayor sorpresa.

— Diselo todo, Jael, murmuró Gracia; que no crea que yo amo á Coventry.

— Pues bien, dijo Jael volviéndose hácia el jóven, vais á saber lo que ha pasado. El casamiento tuvo efecto á las once, vuestra carta llegó á las doce y media, yo se la llevé, y algunos instantes despues el traidor entró en el cuarto, y al punto ella se lanzó sobre él y le dió una puñalada. Mirad, aquí está la sangre, he conservado el puñal para enseñárosle. Si yo no hubiera detenido su brazo, era hombre muerto. Coventry perdía mucha sangre, estaba tan mal que no quiso el doctor que le sacaran de casa, y como ella no queria pasar la noche bajo el mismo techo, marchó á Raby-hall con el squire, y no volvió sino despues de haber sabido que Coventry estaba ya fuera y que jamás pondria aquí los piés. Ya veis que está casada y no lo está, Dios sabe cómo acabará todo esto.

— Acabará en cuanto encuentre yo á ese hombre y no tardaré mucho.

— Eso es lo que yo temia, exclamó Gracia; Jael, ¿por qué detuviste mi mano?

— Hizo bien, contestó Enrique. Sí, Jael, fué una de las mas bellas acciones de vuestra vida. Vuestra mano es demasiado noble para que se manche con una sangre impura. Yo me encargo de la venganza. Sin embargo, no temais, que sabré evitar la cuerda. Las uniones de Hillsborough me han enseñado lo que debe hacerse. Ese hombre me ha hecho traicion, me ha herido en la sombra, y así le heriré yo, la astucia contra la astucia. Por doce vidas lo menos que me debe, no le quitaré mas que una, y lo haré de tal manera que el nombre del asesino será ignorado siempre, Dios solo le conocerá y espero que será perdonado.

(Se continuará.)

Las violencias prusianas.

Los prusianos han considerado en todas partes el patriotismo francés como un crimen. Véase la escena que representamos. Los prusianos que acaban de entrar en Ardenay llaman á cierto número de hombres para que los sirvan y naturalmente nadie se mueve.

— ¡Ah! ¿Con que no quieren venir? Pues nos haremos comprender mejor, dicen los soldados de M. de Bismark.

Y prenden á los principales del pueblo y les mandan administrar una paliza por una soldadesca salvaje. La víctima de este suplicio que figura en primer término en nuestro grabado, es el cura de la localidad. Entre el palo de los soldados prusianos y el knut de los cosacos que cae sobre los infelices polacos no hay diferencia alguna.

Los ejemplos abundan. Hé aquí otro crimen.

Un pobre cura de aldea de las cercanías de Reims había consentido, por hacer un favor, en esconder en su presbiterio unas escopetas pertenecientes á sus feligreses que deseaban conservarlas.

A consecuencia de una alerta el pobre cura fué delatado, preso y conducido á Reims, donde le juzgó y condenó á muerte un consejo de guerra; el 12 de febrero á las seis de la mañana le fusilaron implacablemente en una de las puertas de la ciudad. El desdichado sacerdote murió con la mayor resignacion, y se negó á firmar la súplica de indulto, diciendo que no aspiraba mas que á reunirse en un mundo mejor con su padre y su madre que habían perecido en las llamas de una aldea incendiada por el enemigo. La historia juzgará entre los franceses que cumplan con su deber y esos soldados verdugos.

R. DE M.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS

(Continuacion. — Véase el número 950)

Después de haber encendido con sus propias manos los tizones amontonados en la chimenea, el viejo Juan se retiró para celebrar un grave consejo con su cocinera acerca de la comida del forastero, en tanto que este, encontrando poco calor en los tizones que aun no se habían encendido, se asomó á una de las ventanas y se calentó al lánguido resplandor de un frio sol de marzo.



Las violencias prusianas. — Suplicio de un eclesiástico en Ardenay.

Apartándose de vez en cuando de la ventana para arreglar la leña que chisporroteaba, ó para pasearse de un extremo á otro de aquel salon sonoro, la cerró cuando todos los tizones estuvieron bien encendidos, y habiendo arastrado hasta la chimenea el mejor sillón, llamó á Juan Willet.

— ¿Qué mandais, señor? dijo Juan.

— Deseo una pluma, tinta y papel.

Habia sobre el alto borde de la chimenea un viejo escritorio que contenia entre el polvo alguna cosa que podia en rigor representar estos tres artículos, y habiéndolos colocado sobre una mesa, el posadero se retiraba cuando el caballero le hizo un ademan para que se quedase.

— ¿Hay cerca de aquí, le preguntó despues de haber escrito algunas líneas, una casa que, segun creo, llamas la Garenne?

Como la pregunta tenia un tono afirmativo, Juan se contentó con responder inclinando la cabeza.

— Quisiera que llevaran á esa casa al momento este billete, dijo el caballero dirigiendo una mirada hácia el papel, y que me trajesen la respuesta. ¿Teneis un mozo dispuesto para llevarlo?

Juan permaneció cerca de un minuto pensativo, y despues contestó afirmativamente.

— Mandadle que suba.

El posadero se vió entonces en el mayor apuro, porque José se hallaba fuera de casa y Hugo estaba cuidando el caballo del huésped, pero reflexionó que podia encargar el recado á Bernabé, que precisamente acababa de llegar al Maypole en una de sus excursiones, y que iria adonde le mandasen.

— El caso es, dijo Juan tras una larga pausa, que la persona que cumpliria mas pronto el encargo es una especie de idiota, y aunque tiene los piés ligeros y se puede fiar en él lo mismo que en el correo, porque no es hablador, no sé si será de vuestro gusto.

— ¿Quereis hablarme, dijo el caballero mirando á Juan, quereis hablarme de...? ¿Cómo se llama este muchacho? ¿Quereis hablarme de Bernabé?

— Sí, señor, respondió el posadero, cuya sorpresa dió una singular expresion á sus facciones.

— ¿Cómo es que se encuentra aquí? preguntó el caballero reclinándose en el sillón, hablando con el tono agradable y fino que habia sostenido siempre y conservando en su rostro la misma sonrisa invariablemente

dulce y cortés. Le he visto en Lóndres ayer noche.

— Tan pronto está aquí como allá, respondió Juan despues de su pausa ordinaria, para que la pregunta tuviera tiempo de penetrar en su cerebro. Unas veces anda, otras corre; todo el mundo le ve en la carretera; ya va en carro, ya en coche; va y viene al través del viento, de la lluvia, de la nieve, del granizo, de día y de noche. Es un muchacho de hierro; nada le hace mal, nada le asusta ni le detiene en su camino.

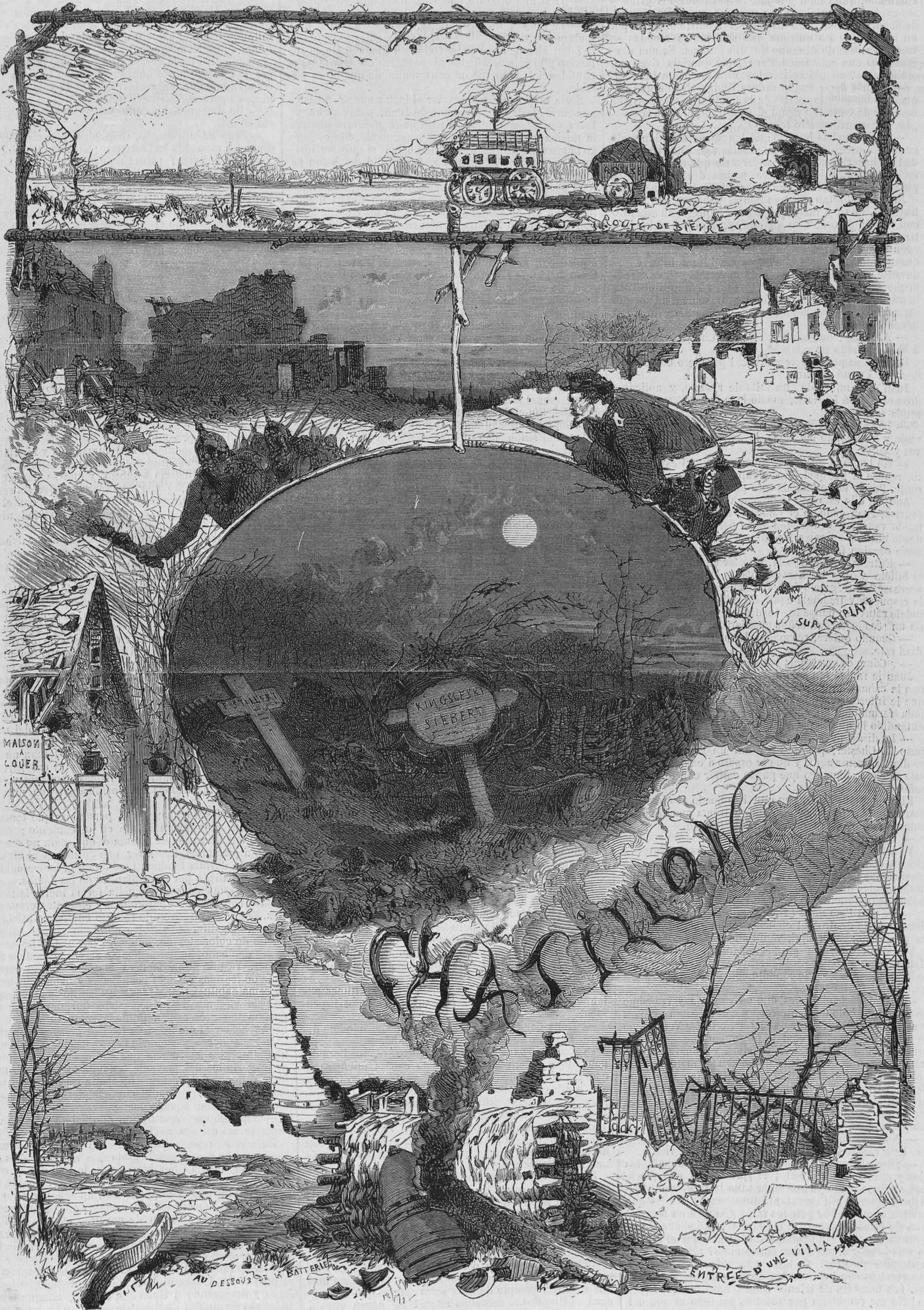
— ¿Va con frecuencia á la Garenne? dijo el caballero con indiferencia. Me parece haber oido contar á su madre que esa casa es objeto de sus excursiones; pero he hecho poco caso de lo que me decia esa pobre mujer.

— No os equivocais, señor, respondió Juan va con frecuencia á esa casa. Su padre fué asesinado allí.

— He oido hablar de eso, repuso el caballero sacando del bolsillo con la misma sonrisa un limpiadientes de oro. Es una desgracia para la familia.

— Una gran desgracia, dijo Juan con indecision como si adivinase que un asunto tan grave deberia tratarse con menos ligereza.

— Todas las circunstancias que siguen á un asesinato, continuó el caballero en una especie de solilo-



quío, deben de ser muy desagradables. Tanto movimiento, tanto trastorno, las gentes que entran y salen corriendo, que suben y bajan la escalera, los gritos y los ayes, los cuchicheos, las miradas sombrías ó escudriñadoras; todo esto ha de ser insufrible. Juro por mi honor que no quisiera que semejantes escenas se vieran en casa de ninguno de mis amigos. Es una desgracia, es una calamidad. Pero ¿qué queriais decirme, amigo mio? añadió volviéndose otra vez hácia Juan.

— Quería decir que la señora Rudge vive de una pequeña pensión que recibe de la familia, y que Bernabé está allí de continuo como el gato ó el perro de la casa. ¿Le encargaré vuestro recado?

— Sí, sí, podeis hacerlo; no tengo inconveniente alguno. Es preciso que se lo mandeis vos. Tened la bondad de hacerle subir para encargarle que no se detenga en el camino. Si se opusiera, podeis decirle que se lo pide M. Chester. Creo que se acordará de mi nombre.

Juan quedó tan sordrendido al saber quién era su huésped, que fué incapaz hasta de expresar su asombro con la mirada ó de otra manera, y salió del salon tan tranquilo é imperturbable como si nada supiera. Se cuenta que despues de haber bajado la escalera, miró durante diez minutos el caldero de hito á hito, y que durante este tiempo no cesó de mover la cabeza. Este hecho adquiere un nuevo carácter de verosimilitud si se le añade la circunstancia de que trascurrió el mismo intervalo, reló en mano, antes que Juan volviera con Bernabé al salon.

— Acércate, muchacho, dijo M. Chester. ¿Conoces á M. Godofredo Haredale?

Bernabé se puso á reir y miró al posadero como para decirle: «¿Qué pregunta!»

Juan se asombró de esta falta de respeto, y aplicándose el dedo á la nariz, movió la cabeza á manera de muda reconveccion.

— Le conoce, señor, dijo Juan mirando á Bernabé de reojo y frunciendo las cejas, le conoce tan bien como vos y yo.

— No tengo el gusto de conocer mucho á ese caballero, repuso el huésped. En cuanto á vos, es muy diferente. Por lo tanto hablais solo por vos, amigo mio.

Aunque dijo esto con la misma afabilidad y la misma sonrisa, Juan conoció el valor de la observacion, y jurando vengarse en Bernabé de su perance, se propuso desde entonces arrojar á puntapiés su cuervo á la primera ocasion favorable.

— Entrégale esto, dijo M. Chester que habia cerrado el billete y que mientras hablaba le indicaba que se acercase. Entrégaselo á M. Haredale en persona, espera la respuesta y traémela aquí. En el caso de que M. Haredale estuviese ocupado, le dirás... ¿Puede acordarse de un recado verbal, señor posadero?

— Cuando quiere, respondió Juan. Creo que no olvidará este.

— ¿Cómo es que estais tan seguro?

Juan le indicó tan solo á Bernabé, que estaba en pié, con la cabeza inclinada hácia el rostro del caballero que le interrogaba, mirándole fijamente y haciendo con toda formalidad un ademán que expresaba que habia entendido lo que le decia.

— Le dirás, pues, Bernabé, si estuviera ocupado, repuso M. Chester, que seria para mí un gran placer que se dignara venir aquí, y que le espero á cualquiera hora esta noche... Supongo que puedo contar con una cama, señor Willet.

El viejo Juan, inmensamente lisonjeado al oirse llamar señor Willet, respondió con extrema amabilidad y como queriendo tomarse cierta familiaridad.

— Me parece que sí, caballero.

Y meditaba en su obtuso cerebro diversas formas de elogios con intencion de escoger una apropiada á las excelencias de su mejor cama, cuando sus ideas fueron desbaratadas por M. Chester que entregó la carta á Bernabé encargándole que partiese al momento.

— Iré mas listo que el viento, dijo Bernabé colocándose la carta dentro del chaleco. Si quereis ver ligereza y misterio, venid aquí, venid aquí.

Y al decir esto, con grande escándalo de Juan Willet, pasó su mano sobre la hermosa manga del sobretodo de M. Chester y le condujo con furtivo paso hácia una de las ventanas.

— Mirad hácia allá lejos, dijo en voz baja, y ved cómo se hablan al oído unos á otros, y cómo bailan despues y saltan para hacer creer que se divierten. ¿Veis cómo se paran un momento cuando presumen que nadie les mira, y charlan otra vez entre ellos, y cómo se arrastran y juegan despues alegrándose con las maldades que acaban de maquinar? Mirad cómo se agitan y se hunden... Ya vuelven á pararse y á hablarse al oído con precaucion. ¿Qué poco se figuran que mas de una vez me he recostado en la yerba! Decidme ¿qué proyecto maquinan? ¿Lo sabeis?

— No veo mas que ropa tendida al sol, dijo M. Chester. Está colgada en cuerdas y se agita con el viento.

— ¡Ropa! repitió mirándole casi en el blanco de los ojos y retrocediendo. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! En tal caso, vale mas ser loco como yo que tener sana la razon como vosotros. ¿No veis allí seres fantásticos parecidos á los que habitan en el sueño? ¿No los veis? ¿Ni ojos en los cristales de estas ventanas, ni espectros rápidos cuando el viento sopla con violencia, ni oís voces en el aire, y no veis hombres que andan por el cielo? ¿Nada de esto existe para vosotros! Yo llevo una vida mas divertida que vosotros con toda vuestra razon; sois unos estúpidos. Los hombres de talento somos nosotros. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! No me cambiaria por vosotros por todo el oro del mundo.

Y al pronunciar estas palabras agitó el sombrero sobre la cabeza y desapareció como una saeta.

— ¡Extraña criatura por vida mia! dijo M. Chester sacando una caja muy preciosa y tomando un polvo.

— Le falta el discernimiento, dijo Juan Willet muy lentamente y despues de un largo silencio, eso es lo que le falta. Mas de una vez he tratado de infundirle la reflexion y el juicio, añadió el posadero de una manera confidencial, pero me he convencido de que no es posible.

Seria muy descortés revelar al lector que M. Chester se sonrió al oír la observacion de Juan, porque, aunque fuera verdad, esto no obstó para que conservara siempre la misma mirada conciliadora y agradable. Sin embargo, aproximó al fuego su sillón como si quisiera insinuar que preferia estar solo, y Juan salió del salon no teniendo ya excusa razonable para quedarse.

El posadero estuvo muy pensativo mientras se preparó la comida, y si su cerebro no estuvo nunca menos lucido en un momento que en otro, es muy natural suponer que debió turbarse y oscurecerse aquel dia á fuerza de mover la cabeza mientras balbuceaba palabras ininteligibles. Que M. Chester, conocido en toda la vecindad por un enemigo antiguo de M. Haredale, hubiera salido de Lóndres con el único objeto, segun parecia, de verle, y que hubiera elegido el Maypole para teatro de su entrevista y hubiese enviado un propio, eran otras tantas cuestiones contra las cuales se estrechaba toda la inteligencia de Juan. Su único recurso era consultar con el caldero y esperar con impaciencia el regreso de Bernabé.

Pero nunca habia tardado tanto Bernabé. Se sirvió la comida al caballero, se levantó la mesa, se puso nueva provision de leña en la chimenea del salon, se ocultó el sol, asomó la niebla, se hizo de noche y no apareció Bernabé. Sin embargo, aunque Juan Willet estaba lleno de asombro y desconfianza, su huésped permaneció sentado en el sillón con una pierna sobre otra, sin mas desarreglo segun toda apariencia en sus pensamientos que en su traje, y siendo siempre el mismo caballero tranquilo, frio, indiferente y risueño.

— Mucho tarda Bernabé, dijo Juan que aventuró esta observacion mientras ponía en la mesa un par de candeleros deslustrados, de tres piés de altura ó poco menos, y despabilando las velas que los hacian aun mas largos.

— Tarda un poco, repuso M. Chester con tranquilidad, pero ya no puede tardar en venir.

Juan tosío y al mismo tiempo atizó el fuego.

— Como vuestros caminos no tienen muy buena fama, si he de juzgar al menos por la desgracia de mi hijo, dijo M. Chester, y como no me gustaria recibir un golpe en la cabeza, lo cual no solo deja á un hombre aturdido, sino que le pone además en una posicion ridícula á los ojos de los que sobreviven y le recogen, permaneceré aquí esta noche. Me parece que me habeis dicho que podiais disponer de una cama.

— Y una cama, señor, respondió Juan, una cama como hay pocas, ni aun en las casas aristocráticas, una cama que, segun he oido decir, tiene cerca de doscientos años de fecha. Vuestro noble hijo, que es todo un caballero, es la última persona que ha dormido en ella en estos últimos seis meses.

— Veo que sois feliz en vuestras recomendaciones, dijo el caballero encogiéndose de hombros y acercando aun mas el sillón al fuego. Cuidad de que las sábanas estén bien secas, señor Willet, y haced que enciendan un buen fuego en el aposento. Esta casa es húmeda y glacial.

Juan volvió á atizar la leña mas por hábito que por presencia de ánimo ó para dar cumplimiento á la observacion de su huésped, y estaba á punto de retirarse cuando oyó pasos en la escalera.

Bernabé entró en el salon casi sin aliento.

— Montará á caballo dentro de una hora, dijo acercándose; ha estado fuera de casa todo el dia y acaba de llegar hace un minuto, pero se pondrá en camino despues de comer para venir á ver á su querido amigo.

— ¿Es esta su respuesta? preguntó M. Chester alzando los ojos, pero sin la mas leve turbacion, ó al menos sin la mas leve señal de turbacion.

— Toda su respuesta, á excepcion de las últimas palabras, dijo Bernabé, pero ví en su rostro que así lo pensaba.

— Toma por tu trabajo, dijo M. Chester dándole dinero. Eres un buen muchacho, Bernabé.

— Para mí, para Grip y para Hugo, repuso Bernabé tomando el dinero é inclinando la cabeza mientras lo contaba con los dedos. Grip uno, yo dos, Hugo tres; lo que queda para el perro, para la cabra y para los gatos. ¡Bien! Creo que logastaremos pronto. ¡Mirad... mirad! ¿No veis nada allí vosotros los que no sois locos?

E inclinandose precipitadamente y sentándose cruzado de piernas junto á la chimenea, contempló con mirada intensa el humo que subia arremolinándose en una nube densa y negra.

Juan Willet, que parecia considerarse como la persona á la cual Bernabé hacia particular y principalmente alusion al hablar de hombres que no eran locos, miró en la misma direccion que él y con una fisonomía muy grave.

— Decidme, pues, ¿á dónde van al subir con tanta rapidez? preguntó Bernabé. ¿Por qué se juntan atropellándose unos á otros y por qué corren siempre así? Me reprendeis porque hago lo mismo, pero no hago mas que seguir el ejemplo de esos seres activos que me rodean. ¡Miradlos... miradlos ahora! Se cogen unos á otros por los vestidos, y por aprisa que vayan hay otros

que los siguen y los alcanzan. ¡Qué alegre baile! Quisiera que Grip y yo pudiéramos correr y volar así.

— ¿Qué hay en esa cesta que lleva en la espalda? preguntó M. Chester al cabo de algunos momentos, durante los cuales Bernabé estuvo inclinado sobre el fuego mirando hácia el agujero de la chimenea y espiando el humo con ademán formal.

— ¿Dentro de la cesta? dijo Bernabé poniéndose en pié de un salto antes que Juan Willet hubiera podido responder. ¿Por qué callas? añadió inclinandose hácia la cesta para escuchar. Dí quién eres.

— Un demonio, un demonio, un demonio, gritó con voz ronca.

— Mira cuánto dinero, Grip, dijo Bernabé haciendo sonar las monedas en la mano. ¡Mira cuánto dinero!

— ¡Viva! ¡viva! ¡viva! repuso, el cuervo. No tengas miedo. ¡Valor! ¡Coa! ¡coa! ¡coa!

Juan Willet, que creia que un caballero que vestia con tanto lujo no podia exponerse en conciencia á la sospecha de haber estado en relacion con personajes tan infernales como el que parecia encerrarse en el cuerpo del cuervo, hizo salir del salon á Bernabé y se retiró despues de hacer el mas respetuoso saludo.

XI.

¡Gran noticia para los tertulios del Maypole!

Cuando cada uno de ellos entró separadamente para ocupar el sitio que le pertenecia en el rincón de la chimenea, Juan le comunicaba con una lentitud de lenguaje muy notable y un eufemismo aplomático que M. Chester estaba solo en el salon, y que esperaba á M. Godofredo Haredale, al cual habia enviado una carta, sin duda un cartel de desafío, por conducto de Bernabé que estaba allí presente.

Para aquel conciliábulo de fumadores y charlatanes hambrientos, semejante noticia era una fortuna inesperada. Era un misterio sombrío y que se desarrollaba bajo el mismo techo que les albergaba, que les servian calentito, por decirlo así junto al hogar, y con el cual iban á saborearse sin la menor incomodidad ni trabajo.

Es imposible explicar qué gusto, qué sabor daba esto á la bebida y qué nuevo perfume añadía al tabaco. Cada cual fumaba en su pipa con el rostro lleno de graves y formales delicias y mirando á su vecino con una especie de pacífica congratulacion. Sí, todos conocian que era una velada especial, una verdadera fiesta, y por lo tanto á propuesta de Salomon Daisy, cada cual incluso el mismo Juan, contribuyó con seis peniques para hacer un *flip*, especie de ponche compuesto de cerveza, de aguardiente y azúcar, bebida agradable que fué preparada con la mayor diligencia posible y colocada en medio de ellos cerca del fuego para que hirviera poco á poco, y para que al mismo tiempo el aromático vapor, elevándose hácia sus narices y combinándose con las guirnaldas de humo que salian de sus pipas, les envolviera en una deliciosa atmósfera y les aislara del mundo entero. Hasta los bancos de la cocina eran mas blandos y cómodos, los techos y las paredes tenian un color mas negro y lustroso, las cortinas parecian de un rojo mas brillante, las llamas eran mas vivas y mas altas y los tizones chisporroteaban con mas armonía.

Habia allí sin embargo dos personajes que tomaban una parte muy insignificante en el contento general; el uno era Bernabé que dormía ó que, para no ser asediado á preguntas, hacia ver que dormía, y el otro era Hugo que dormia tambien tendido en el banco del lado opuesto, bañado por el resplandor de las llamas.

La luz que caia sobre aquella forma inerte la manifestaba con todas sus musculosas y elegantes proporciones. Era la de un joven de robusto cuerpo de atleta, de vigor de gigante, cuyo rostro abrasado por el sol y su cuello de color atezado, cubiertos por una cabellera de negro de ébano, hubieran podido servir de modelo á un pintor. Vestido de la manera mas descuidada con un traje de los mas rústicos, con pajas y hebras de heno, su cama habitual, enredadas y asidas de sus mechones de pelo vírgenes de peine, estaba durmiendo en una postura tan grosera y desaliñada como su vestido. La negligencia y el desorden de toda su persona, con cierto aspecto hosco y sombrío de sus facciones, le daban una pintoresca apariencia que atrajo hasta las miradas de los tertulios del Maypole, aunque le conocian muy bien, é impulsó á Parkes á declarar que nunca habia encontrado una semejanza tan completa entre Hugo y un bandido como aquella noche.

— Supongo que espera aquí, dijo Salomon, para encargarse del caballo de M. Haredale.

En efecto, repuso Juan Willet. Ya sabeis que raras veces está en casa y que le gusta mas vivir entre los caballos que entre los hombres, de modo que casi le considero como un animal.

Y acompañando esta opinion con un encogimiento de hombros que parecia querer decir: «Afortunadamente no le parecemos ninguno de nosotros,» Juan volvió á ponerse la pipa en la boca y fumó como quien está convencido de su superioridad sobre la mayor parte de los hombres.

— Ese muchacho, dijo Juan quitándose nuevamente la pipa de los labios, despues de un entreacto bastante largo y designando á Hugo con el tubo, aunque tiene todas sus facultades intelectuales puestas en botellas y bien tapadas, por ejemplo, si así puedo expresarme...

— ¡Muy bien! dijo Parkes inclinando la cabeza. ¡Excelentes expresiones! Juan, veo que estais esta noche inspirado, y pobre del que se atreva á hacerlos la oposicion, porque le estrangulareis á fuerza de argumentos.

— Poned tiento en vuestras palabras, dijo Willet sin agradecer el cumplido, y cuidad de que no seais vos el primero que estrangule; pues tened entendido que lo haré si me interrumpis cuando hablo. Ese muchacho, decia, aunque tiene todas sus facultades intelectuales dentro de su cabeza puestas en botellas bien tapadas, es tan idiota como Bernabé. ¿Y por qué es un idiota?

Los tres amigos inclinaron mutuamente sus cabezas y se miraron como para decir sin tomarse el trabajo de desplegar los labios: «¿No advertis qué filósofo es nuestro amigo?»

— ¿Por qué es un idiota? repuso Juan dando un golpe en la mesa con la palma de la mano. Porque no le destaparon las facultades intelectuales cuando era niño. ¿Qué hubiera sido de todos nosotros si nuestros padres no nos hubieran destapado las facultades? ¿Qué hubiera sido de mi Pepito si yo no se las hubiese destapado? ¿Me comprendéis, señores?

— Perfectamente, respondió Parques. Proseguid, Juan.

— Por consiguiente, continuó el posadero, ese muchacho, cuya madre, cuando él era muy niño, fué ahorcada con otros seis de su ralea por haber cambiado billetes de banco falsos, y es un consuelo el pensar cuantas personas son ahorcadas cada semana por un motivo ú otro, porque esto prueba la vigilancia paternal de nuestro gobierno; ese muchacho, que quedó desde entonces abandonado á sí propio, que tuvo que guardar vacas, servir de espantajo á los pájaros, ó hacer no sé qué para ganarse el sustento, que llegó por grados á cuidar los caballos, y con el tiempo á dormir en los pajares en vez de acostarse al raso y en las márgenes de los caminos, hasta que por último entró de mozo en el Maypole por la comida, casa y una módica suma anual; ese muchacho que no sabe leer ni escribir, que nunca ha tratado mas que con animales y que ha vivido siempre del mismo modo que viven los animales, es por lo tanto un animal, y, añadió Juan Willet deduciendo de sus premisas la conclusion lógica, debe ser tratado como tal.

Willet, dijo Salomon Daisy que habia manifestado alguna impaciencia al ver que se mezclaba un asunto tan indigno en el interesante tema de su conversacion; cuando ha llegado M. Chester esta mañana, ¿ha pedido la sala principal?

— Sí, ha declarado que queria un aposento espacioso.

— ¿Queréis que os diga la verdad? añadió Salomon hablando en voz baja y con aspecto muy grave. Van á batirse en desafio él y M. Haredale.

Cada cual miró á Willet despues de esta insinuacion alarmante.

Juan Willet miró el fuego pesando en su propia mente los resultados que semejante encuentro tendria segun todas las apariencias para el establecimiento.

— Será posible, dijo, y casi estoy seguro. Me acuerdo de que la última vez que he subido al salon estaban los candeleros sobre la chimenea.

— Pues en tal caso es tan evidente, repuso Salomon, como que Parkes tiene su nariz en la cara.

Parkes, cuya nariz era muy abultada, se la frotó y estuvo tentado á ver en esta comparacion una alusion personal.

— No lo dudeis, dijo Salomon, se batirán en esa sala. Como habreis leído en los periódicos, son muy comunes los desafios de los caballeros en los cafés, sin testigos. Uno de ellos quedará herido ó tal vez muerto en esta posada.

— ¿Es decir que la carta que llevó Bernabé era un cartel de desafio? preguntó Juan.

— Que contenia una tira de papel con la medida de su espada. Apostaria una guinea á que le ha enviado esa tira de papel. Por otra parte, ya conocemos el genio de M. Haredale, y nos habeis contado lo que ha dicho Bernabé de sus miradas cuando ha traído la respuesta. Creedme, vamos á presenciar un desafio.

El ponche no habia tenido aun sabor, ni el tabaco no habia sido mas que un vil producto del suelo inglés comparado con el perfume que le daba esta conversacion. ¡Un desafio en el salon del primer piso! ¡La mejor cama de la posada pedida de antemano para el herido!

— Pero ¿será con espada ó con pistola? dijo Juan.

— ¿Quién lo sabe? Dios tan solo. Tal vez será con espada y con pistola, repuso Salomon. Esos caballeros ciñen espada y pueden llevar fácilmente un par de pistolas en los bolsillos; sí, es probable que las lleven. Así pues, si disparan sin herirse, entonces desenvainarán y se batirán en regla.

Una nube pasó sobre el rostro de Juan Willet cuando reflexionó en los cristales rotos y en las cortinas desgarradas, pero explicándose á sí propio que uno de los adversarios sobreviviria probablemente y pagaria los daños, su fisonomía recobró la serenidad.

— Y además, dijo Salomon mirando uno tras otro á sus amigos, tendremos entonces en el piso del salon una de esas manchas que no se borran nunca. Si M. Haredale triunfa, creed que será una mancha profunda, y si pierde, será mas profunda aun, porque no cederá hasta que se hayan agotado sus fuerzas. Lo sabemos muy bien, ¿no es cierto?

— ¡Oh! sí, lo sabemos, repitieron todos á coro y en voz baja.

— En cuanto á que la mancha de sangre desaparezca, continuó Salomon, os aseguro que es imposible. ¿No sabeis los esfuerzos que se han hecho en cierta casa que todos conocemos?

— ¡En la Garenne! exclamó Juan. Es verdad.

Sí, es verdad, es verdad. Y eso que lo saben muy pocas personas, pero á pesar del sigilo que se ha guardado, ha dado mucho que hablar eso. Un carpintero cepilló el pavimento para sacarla, pero en vano, el cepillo profundizó sin que se borrara la mancha. Entonces se pusieron tablas nuevas, y sin embargo la sangre penetró la madera y apareció en el mismo sitio. ¡Oid... acercaos! Habeis de saber que M. Haredale convirtió ese aposento en gabinete de estudio, y se sienta allí teniendo siempre, segun he oido contar, el pié sobre la mancha, porque está convencido, despues de haberlo reflexionado durante mucho tiempo, de que no se borrarán hasta que haya descubierto al que cometió el crimen.

Terminaba este relato y se acercaban todos al fuego en círculo, cuando se oyó á lo lejos el trote de un caballo.

— ¡Ya ha llegado! exclamó Juan levantándose con precipitacion. ¡Hugo! ¡Hugo!

Hugo se puso en pié de un salto y siguió bamboleándose al posadero.

Juan volvió pocos momentos despues introduciendo con demostraciones de extrema conferencia (porque M. Haredale era el propietario de la posada) al huésped con tanta ansiedad esperado. Este entró á grandes pasos en la cocina haciendo resonar sus enormes botas en las losas, recorrió con la mirada el grupo que le saludaba y se levantó el sombrero para corresponder á su homenaje de profundo respeto.

Teneis aquí, Willet, un caballero que me ha enviado una carta, dijo con una voz cuyo timbre era naturalmente grave y severo. ¿En dónde está?

— En la sala de arriba, señor, respondió Juan.

— Alumbreadme pues, porque creo que la escalera es sombría. ¡Buenas noches, señores!

Hizo entonces un ademan con la mano al posadero para que le precediese, y cuando salió de la cocina se oyeron resonar sus botas en la escalera.

Juan estaba tan agitado, que todo lo alumbraba menos el camino, y tropezaba á cada paso.

— ¡Deteneos! le dijo Haredale cuando llegaron á la puerta de la sala. Puedo anunciarme yo mismo; ya no os necesito.

Y abriendo la puerta, entró y volvió á cerrar con estrépito.

Juan Willet hubiese intentado tal vez quedarse allí para escuchar, pero como no las tenia todas consigo, y por otra parte eran muy recias las paredes, bajó mas

aprisa de lo que habia subido para reunirse en la cocina con sus amigos.

XII.

Reinó una breve pausa en el salon principal del Maypole mientras M. Haredale se aseguraba de que estaba bien cerrada la puerta, y atravesando el espacioso aposento á grandes pasos hasta el sitio donde el biombo rodeaba un espacio lleno de luz y de calor, se presentó bruscamente y en silencio delante del huésped que se sonreia.

Si estos dos hombres no tenian mas simpatía en sus pensamientos íntimos que en su exterior, su entrevista no prometia ser muy tranquila ni muy agradable. Sin que mediara entre ellos una marcada diferencia de edad, eran bajo todos los demás conceptos tan distintos y opuestos como pueden serlo dos hombres. El primero tenia un hablar dulce, una forma delicada y una correcta elegancia, y el segundo, corpulento, cuadrado por su base, vestido con descuido, rudo y brusco en sus maneras y de un aspecto severo, tenía en aquella ocasion una mirada tan áspera como su lenguaje. El uno conservaba una apacible sonrisa y el otro un fruncimiento de cejas lleno de desconfianza. El recién venido parecia en verdad que trataba de manifestar con cada uno de sus acentos y ademanes su antipatía decidida y su hostilidad sistemática contra el hombre á quien iba á visitar, y este parecia conocer que el contraste le era favorable y que esta ventaja le causaba un placer pacífico con el cual se recreaba.

— Haredale, dijo este caballero sin la menor apariencia de embarazo ó de reserva, tengo un placer en veros.

— Dejemos á un lado los cumplidos, que son inútiles entre nosotros, respondió Haredale levantando la mano. Decidme únicamente lo que teneis que decirme. Me habeis pedido una entrevista, y he venido. ¿Para qué nos encontramos cara á cara?

— Por lo que veo, conservais siempre el mismo carácter franco é impetuoso.

— Bueno ó malo, siempre he sido el mismo, respondió Haredale apoyando el brazo en el borde de la chimenea y lanzando una mirada altanera al que estaba sentado en el sillón. No he perdido mis antiguas simpatías y antipatías, y mi memoria lo recuerda todo sin perder un ápice. Me habeis pedido una entrevista, y repito que aquí me teneis.

— Nuestra entrevista, Haredale, dijo M. Chester dando un golpecito sobre su caja de rapé y acompañando con una sonrisa el ademan de impaciencia que habia hecho Haredale llevando instintivamente la mano al puño de su espada, nuestra entrevista será pacífica.

— He venido aquí, repuso Haredale, segun vuestro deseo, y no he venido para perder el tiempo en cumplidos ociosos ni en vanas protestas. Sois un hombre del gran mundo de lengua dorada, y confieso que en el terreno de las palabras no puedo batirme con vos. Os aseguro que el último hombre con quien trabaria un combate de dulces cumplidos y de falsas sonrisas es M. Chester; no me es posible defenderme con tales armas, y tengo motivos para creer que pocos hombres os ganarian en una lucha de elocuencia.

— Me haceis mucho honor, Haredale, repuso M. Chester con la mayor calma, y os doy las gracias. Seré franco con vos.

— ¿Qué habeis dicho?

— Que seré franco, completamente cándido.

— ¡Ah! exclamó M. Haredale respirando con una sonrisa sarcástica; pero no quiero interrumpiros.

— Estoy resuelto, añadió M. Chester despues de beber un poco de vino con aire circunspecto, á no armar contienda con vos y á no dejarme arrastrar á alguna expresion violenta ó á alguna palabra aventurada.

— En lo cual tendré tambien una grande inferioridad, dijo M. Haredale. Vuestro imperio sobre vos mismo...

— No puede alterarse cuando sirve para mis designios, querreis decir, repuso M. Chester interrumpiéndole con amabilidad. No lo niego; tengo actualmente un designio, y vos teneis otro. Estoy seguro de que nuestro objeto es el mismo. Permitted, pues, que lo consigamos como hombres razonables que han dejado de ser niños hace mucho tiempo. ¿Queréis beber?

— Yo no bebo mas que con mis amigos, respondió Haredale.

— Al menos os dignareis tomar asiento, dijo M. Chester.

— Estoy bien en pié, repuso con impaciencia Haredale, y aunque este aposento está desmantelado y miserable, no mancharé su decadencia con la hipocresía. Continúad.

— Os equivocais. Haredale, dijo M. Chester cruzando las piernas y sonriendo mientras tenia el vaso levantado ante la brillante llama de la chimenea. Estais en un error; el mundo es un teatro movible donde debemos colocarnos segun las circunstancias, navegar con la corriente con tanta comodidad como sea posible y contentarnos con tomar la espuma por la sustancia, la superficie por el fondo y la moneda falsa por la buena. Me asombra que ningun filósofo haya probado nunca que nuestro globo es hueco como todo lo demás, pues presumo que ha de serlo si la naturaleza es consecuente en sus obras.

— ¿Creeis que lo es?

— Lo afirmaria, repuso bebiendo el vino á pequeños

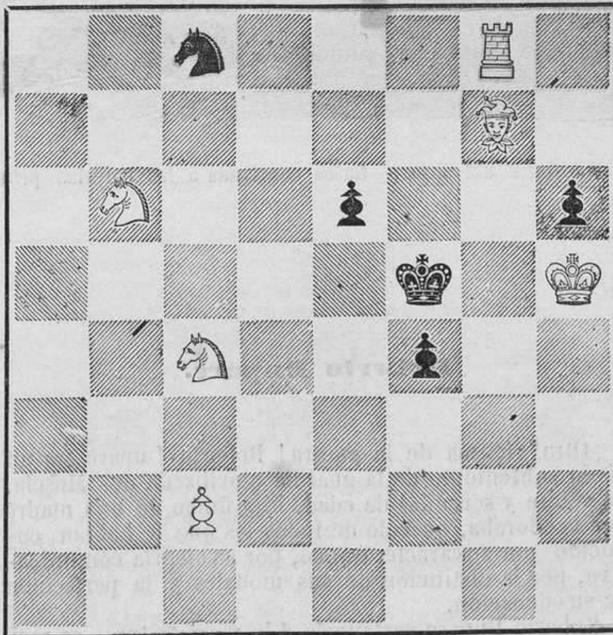
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 333.

- 1 C 4ª Ra P 4ª Ra
- 2 Ra 7ª TRª R toma C
- 3 A toma T jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 334, POR M. GODECK.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

sorbo, y hasta diria que no cabe la menor duda. En cuanto á nosotros, al jugar con este cascabel, hemos cometido la torpeza de tropezar y de enemistarnos. No somos lo que en el mundo se llama dos amigos, pero no por eso dejamos de ser amigos tan buenos, tan verdaderos y tan afectuosos como las nueve décimas partes de los que llevaron este título. Teneis una sobrina, y yo tengo un hijo, un buen muchacho, Haredale, pero algo loco. Han dado en la mania de amarse, y forman lo que este mismo mundo llama una pareja amorosa, queriendo decir cierta cosa caprichosa y falsa, como todo lo demás, y que bastaria tan solo abandonarla libremente á su destino para que reventase muy pronto como cualquiera otra burbuja. Pero si les dejamos seguir su capricho, punto en boca y buenas noches. Hé aquí, pues, cuál es la cuestion. ¿Permaneceremos uno lejos de otro porque la sociedad nos llama enemigos, y toleraremos que se arrojen ellos mutuamente en sus brazos, siendo así que, acercándonos razonablemente como ahora lo hacemos, podemos impedirlo y separarlos?

— Amo á mi sobrina, dijo M. Haredale tras un breve silencio. Es una palabra que tal vez disuene en vuestros oídos, pero os repito que la amo.

— ¿Y por qué ha de disonarme? Nada de eso, dijo M. Chester llenando el vaso con indolen-



Roberto Duparc, muerto en Metz.

cia y quitándose de la boca el limpiadientes. También yo tengo aficion á Eduardo, ó como vos decís, le amo; es la palabra que se usa entre parientes próximos. Amo á Eduardo con pasión; es un buen mozo, amable, nada tonto, si bien un poco débil y exaltado; pero lo cierto es, Haredale, porque os seré franco como os lo he prometido, que dejando á un lado cierta repugnancia que podríamos tener vos y yo en emparentar, y aparte de la diferencia de religion que existe entre nosotros, lo cual es muy importante, no puedo consentir en semejante enlace; enlace imposible y en el cual tampoco vos podeis consentir.

— Refrenad la lengua en nombre del cielo si esta conversacion ha de durar, dijo Haredale con tono de reto. Os he dicho que amo á mi sobrina. ¿Creeis por lo tanto que podria dar su corazón mirando á un hombre por cuyas venas circulara sangre vuestra?

— Ya veis, repuso M. Chester, la ventaja que hay en ser franco y sincero. Eso es precisamente lo que iba á añadir; os lo juro por mi honor. Amo en extremo á Eduardo, pero aunque en este negocio perdiéramos ambos la vida, siempre quedaria en pié esta objecion que considero como insuperable.

— Escuchadme con atencion, dijo M. Haredale acercándose á la mesa y apoyando sobre ella con fuerza la mano; si algun



Las cercanias de Paris despues del sitio. — Casas contiguas á las baterias prusianas de Chatillon.

hombre cree ó se atreve á creer que yo en mis palabras, en mis acciones ó en mis ilusiones mas extravagantes he abrigado jamás la idea de favorecer el amor de Emma á Haredale por alguno tan próximo á vos, le digo en voz alta que miente, que, miente; lo oís? y que me hace una gran injuria tan solo en creerlo.

— Haredale, repuso M. Chester con acento convencido y confirmándolo con ademanes de cabeza dirigidos hácia la chimenea, es en extremo noble y varonil, es realmente muy generoso el que me habléis como lo haceis con franqueza y con el corazón en la mano. Os juro que esos mismos pensamientos son los míos, pero los expresais con mas energia de lo que seria yo capaz. Ya conoceis mi carácter indolente, y confio en que me lo perdo nareis. (Se continuará.)

Roberto Duparc.

¡Otra víctima de la guerra! Roberto Duparc era un joven subteniente de la guardia movilizada del Mosela, de veinte y seis años de edad, hijo único de una madre que le adoraba, querido de todos los que le habian conocido por su carácter franco, por su alegría comunicativa, por la distincion de sus modales y la perfeccion de su educacion.

Roberto Duparc pertenecia á la magistratura; se recibió de abogado á veinte años: sustituto en Setif, tres años despues y luego en Mostaganem, se hallaba en la Martinica bajo el mismo concepto cuando estalló la

guerra, pero inmediatamente volvió á Francia, entró al servicio de su pais y salió para Metz, donde recibió el 15 de octubre un balazo en el bajo vientre, cuya gravedad no comprendió en un principio. Como no tenia conciencia de su posicion, se reia y bromeaba diciendo:

— Me alegro de haber salido herido; casi me avergonzaba de estar ileso.

Pero pronto empeoró el mal; y el desdichado joven falleció el 21 del mismo mes, lejos de su madre y despues de haber sufrido los padecimientos mas crueles. ¡Lejos de su madre! Este fué su dolor mas horrible.

C. P. D.